

EDICIONES
BIBLIOTECA
FILMS

SERIE ALFA

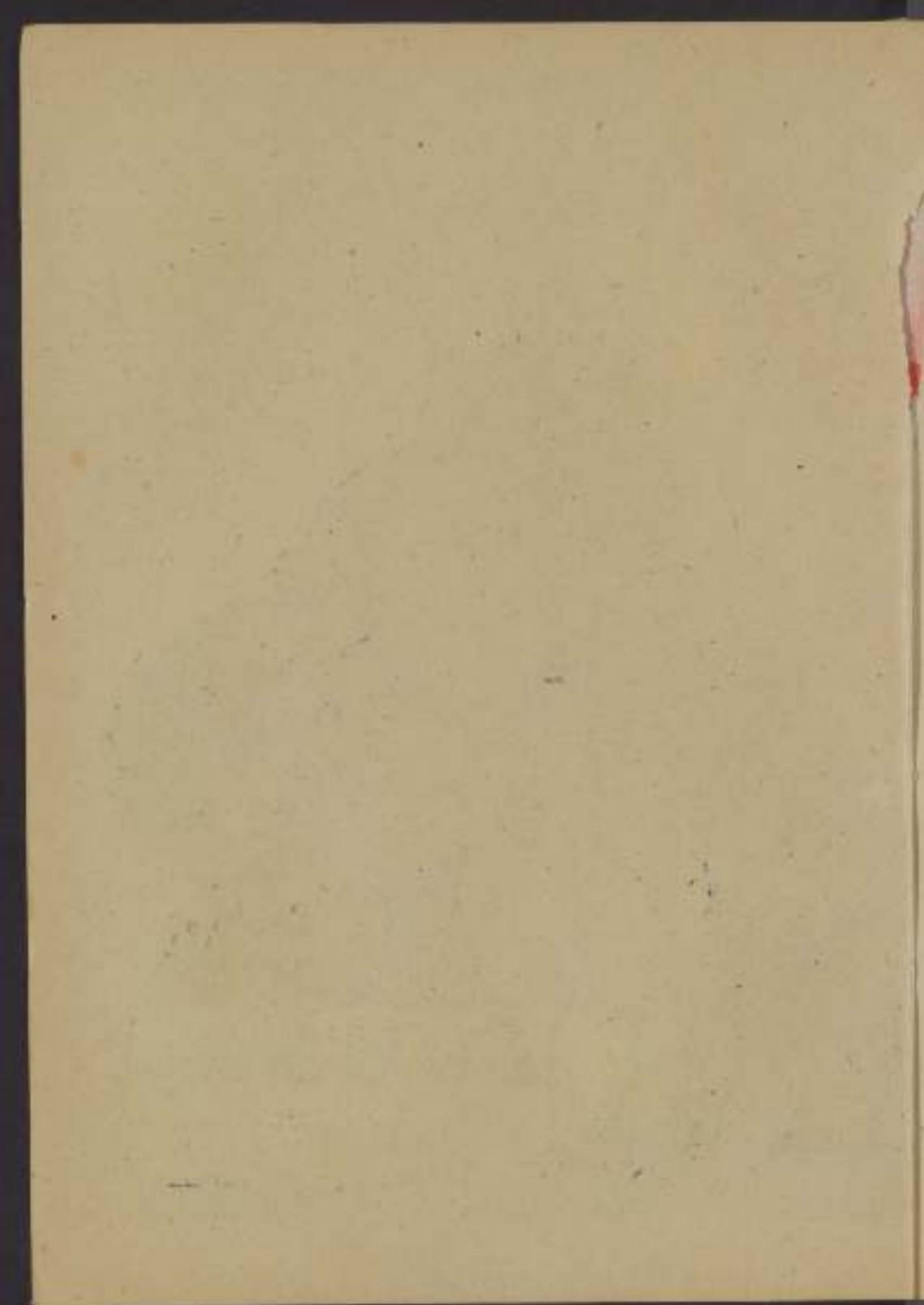
editorial "alas"

Una hora en blanco



Coretta Young
Franchot Tone

2.50
ptas.





UNA HORA
EN BLANCO

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPRIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 224 - Apartado Correo 707 - Teléf. 70557 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barcelá, 16, Barcelona-Terres, 17, Madrid

EDITORIAL
ALFA



AÑO XV

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE  ALFA
NUM. 57

NUM. 251

UNA HORA EN BLANCO

Esta es una obra donde la emoción sobrecoge el ánimo del espectador y del lector, pues cada uno de sus personajes son de una realidad impresionante.

PRODUCCION:



Calle de Mallorca, 201

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Lady Elena Dearden</i>	LORETTA YOUNG
<i>Sir Alan Dearden</i>	FRANCHOT TONE
<i>General Lawrence</i>	LEWIS STONE
<i>Bunny</i>	Roland Young
<i>Lady Hathaway</i>	Jessie Ralph
<i>Metford</i>	Dudley Digges
<i>Hugo Lewis</i>	Henry Daniel

Director:

SAM WOOD

Letra de

LADISLAUS PODOR

Música de

WILLIAM AXT

Narración literaria de
MANUEL NIETO GARCÍA

UNA HORA EN BLANCO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

UN INVITADO DESCONOCIDO

TODA la Prensa de Inglaterra y especialmente la de Londres, desde hacía días, hablaba del joven abogado Alan Dearden, como futuro fiscal del Reino. No había periódico que no publicase la biografía del casi seguro fiscal, y algunos de ellos se remontaban incluso a los años de su infancia.

Y cuanto decían era verdad. Alan Dearden había sido uno de los alumnos más adelantados de la Universidad y apenas terminados sus estudios, su bufete fué visitadísimo por la aristocracia londinense. Hijo de una acaudalada familia, en lugar de dedicarse, como otros jóvenes de su edad, a malgastar el dinero de sus

padres, él empleó el tiempo en estudiar el Código y su fama se extendió rápidamente por toda la capital. Y estos mismos éxitos que obtenía en el foro los conseguía también en los salones aristocráticos, cuya presencia era acogida con muestras de vivo entusiasmo por las damitas casaderas. Pero Alan jamás se fijó en ninguna de ellas, hasta que la casualidad lo puso enfrente de Elena.

Era ésta una mujercita encantadora, tal y como la soñara él. Apenas contaba veinte años, y su belleza era sencillamente deslumbradora. A pesar de ser hija del mismo nombre, tenía el aspecto de una mujer latina. Pelo negro, brillante como la seda y unos ojos expresivos y soña-

dores, cuyas miradas atraían con una fuerza irresistible y denotaban en su fondo todo el dulce romanticismo de su alma.

Su cuerpo fino, de ondulantes líneas primorosamente dibujadas, ofrecían la esbeltez de esas palmeras levantinas que a la más leve brisa se ondulan coquetamente.

Había adquirido una exquisita educación, y ésta se denotaba en el encanto de su trato. Su sonrisa, que jamás desaparecía de su linda boca, era como una promesa de amor que invitaba a saborear el néctar de un beso.

Ella también, cuando conoció por vez primera a Alan, quedó prendada de la arrogante figura del muchacho. Se sintió a su lado sobrecogida, como si presintiera su corazón que aquél sería el hombre a quien amaría toda la vida.

Y con esta igualdad de sentimientos no fué difícil que sus corazones se encontrasen y que un profundo y sincero amor los uniese hasta el punto de que, a los pocos meses de conocerse y cuando Alan estaba a punto de conseguir el nombramiento de fiscal, se celebrase la boda.

Al acto había sido invitada la alta sociedad, a la que ellos pertenecían, y solamente podía entrarse en los

magníficos salones de los recién casados por medio de una rigurosa invitación.

En la puerta de la escalinata que conducía a la mansión de los nuevos esposos iban deteniéndose los coches, y sus ocupantes se apeaban rápidamente, dirigiéndose adonde se celebraba la fiesta.

De pronto, de uno de aquellos coches se apeó un matrimonio de cincuenta años, y al ir a ponerse en marcha, un desconocido tropezó con el caballero y le hizo caer el sobre en el cual guardaba la invitación. El desconocido lo recogió rápidamente del suelo y con una agilidad pasmosa escamoteó la cartulina que contenía el sobre y le entregó éste a su propietario, diciéndole:

—Usted perdone.

El caballero recogió el sobre, lo volvió a guardar nuevamente y ofreciéndole el brazo a su esposa entraron al interior de la casa, mientras que el desconocido leía la cartulina de la invitación que decía:

«Sir Alan y Lady Dearden recibirán a sus amigos el día 12, en su mansión de Londres, antes de salir para Biarritz.»

Sonrió irónicamente después de haber leído el escrito, y entró diligente a la mansión de los esposos Dearden.

Precisamente en aquel momento, la pareja a quien había substraído la invitación se hallaba conversando con uno de los criados, a quien después de ver el sobre vacío le decía a él:

—Mil perdones, señor... no está la invitación.

—¿Y qué importa que no esté? —preguntó ella nerviosamente—. ¿Acaso no podemos nosotros entrar a ver a nuestros sobrinos?

Y era verdad que se trataba nada menos que de la tía Inés Hathaway y su esposo, a quienes el criado quería impedir la entrada. Resuelto aquel pequeño incidente, el criado los dejó pasar, y entonces fué cuando el desconocido entregó la invitación al criado, que cumplidamente le cedió la entrada.

Apenas entró recorrió con la mirada el salón de fiesta, y lo encontró deslumbrante. Un tono de exquisito buen gusto y de suprema elegancia reinaba en todo. Las parejas bailaban en el centro del salón, mientras que en un extremo de él la joven Lady Dearden buscaba con la mirada a su esposo, que segundos después llegó hasta ella y admirando la belleza de su esposa le dijo galantemente:

—¡Señora mía, estás hermosísima!

Hasta lo más recóndito de su alma llegó aquel elogio de su marido, y le contestó sonriéndole cariñosamente.

—Señor mío, recuerde que estoy casada.

—Lo tendré muy en cuenta, tan pronto como lleguemos a Biarritz —le dijo él.

Ella le puso candorosamente las manos sobre sus hombros y el contraste de la blancura de su piel hizo más intenso con el negro de su correctísimo frac, al mismo tiempo que le decía, embriagada de amor:

—¡Qué dicha pasar solos unas semanas!

Se estrecharon las manos en señal del mutuo amor que se tenían, hasta que de pronto sonó una voz al lado de ellos que les decía burlonamente:

—Es de mal gusto que los casados se estrechen las manos en público.

Sir Alan se volvió hacia el que así hablaba y vió que se trataba de uno de los mejores amigos de los esposos. Era Bunny Jeffer, solterón empedernido, dueño de una cuantiosa fortuna y un hábil abogado a quien jamás le sedujo la carrera de leyes. Estudió esta carrera como había podido estudiar la de médico, tan solamente por tener un título univer-

sitario, pero sin que jamás la hubiese ejercido. Poseía un carácter franco y optimista, que lo hacía ser indispensable en todas las fiestas y, además de su buen carácter, poseía una bondad tan extraordinaria que todos los amigos hacían de él lo que les daba la gana, pero desde luego apreciándolo como si fuera de la misma familia.

Sir Alan se le quedó mirando unos segundos, como si no le conociera, y al fin se volvió a su mujer y le dijo, fingiendo una gran indignación:

—¿Para qué lo invitaste?

La contestación se la dió él mismo diciéndole:

—Elena no es capaz de dar una fiesta sin mí.

La cogió del brazo para llevársela a bailar y nuevamente Alan bromeó con él diciéndole:

—¡Nada de tantas familiaridades con mi mujer!

—Dispensa, chico — exclamó sin inmutarse su amigo —. Todo eso es culpa de mi magnetismo personal.

—Además, es modesto como una violeta — replicó Alan.

Y cuando ya iba a bailar con él, se presentó el general Lawrence, jefe superior de la Policía de Londres, y

le quitó la pareja, a pesar de las protestas de Bunny que le dijo:

—Lo siento, general, pero este baile es mío.

Y el general, sonriéndole, se llevó a Lady Dearden hacia el salón. Mas apenas había comenzado a bailar, el individuo que tan ágilmente se había apoderado de la invitación, se acercó a Elena y haciendo una reverencia al general, como solicitándole la pareja, le dijo a ella:

—¿Me hace el honor, Lady Dearden?

Elena no conocía a aquel desconocido, mas como era de mal tono negarse a bailar con un invitado, separó su brazo del general y aceptó sonriendo la invitación que le hacía.

Cuando estuvieron en el centro del salón y habían dado algunos pasos, él, sin dejar de bailar, le preguntó:

—¿No me recuerda?

Elena estaba casi segura de no haberle visto en su vida, pero así y todo quiso excusarse gentilmente diciéndole:

—Usted me perdonará, pero en este instante hago esfuerzos para...

—No se moleste, ni se esfuerce — le dijo el desconocido con gran cinismo —. Usted no puede recordarme porque no me ha visto nunca.

Ella le miró algo extrañada, como queriendo inquirir su personalidad, y él que adivinó la pregunta que Elena no se había atrevido a hacerle, satisfizo aquella diciéndole:

—Soy un bribón... Un oficio interesante... ¿verdad?

Pasó junto a ellos una pareja, y el bribón disimuló diciéndole:

—Baila usted divinamente.

Y cuando se dió cuenta de que nadie le oía continuó diciendo:

—Nuestro futuro fiscal tiene una esposa exquisita.

Elena le miraba cada vez más extrañada. El cinismo de aquel hombre la desconcertaba hasta el punto de que no sabía si le estaba hablando en broma o en serio. El, sin importarle aquella extrañeza, siguió hablando con una naturalidad sorprendente.

—El nombramiento de fiscal colmará las ambiciones de Sir Alan, y sería una verdadera lástima que lo perdiese... Por eso he venido.

—¿Que lo perdiese, dice usted? —preguntó ella, sin saber el porqué de aquel presentimiento del desconocido.

—Sí—insistió él—. He venido para evitarlo y porque necesito dos mil libras esterlinas.

Elena se dió cuenta entonces de que estaba al lado de un «rata» de salones y apartándose de él exclamó:

—Es preferible que hable de eso con mi marido.

—No—respondió categóricamente el desconocido—. Echaríamos a perder esta linda fiesta. Me llamo Lewis. Mi mujer tiene ciertas cartas indiscretas, escritas por el marido de usted antes de casarse.

Elena miró con interés a aquel hombre, y éste, al darse cuenta de que ella le oía con atención propia de toda mujer enamorada, siguió diciéndole:

—Estábamos separados por entonces, y mi mujer usaba su nombre de soltera: Diana Rogers... Tengo suficiente evidencia para promover un feo escándalo que hiciera imposible su nombramiento de fiscal... Le advierto que se sorprendería usted de lo indiscreto que era en aquel tiempo Sir Alan.

Elena quiso dar un golpe de efecto para ver si desconcertaba al chantagista, y le preguntó:

—¿Y si yo le delato a usted?

El se encogió de hombros y respondió:

—Lo más que puede hacer es po-

nerme a la sombra... ¿Y de qué sirve la libertad sin dinero?

Elena comprendió que aquel hombre estaba dispuesto a dar el escándalo con tal de conseguir lo que se proponía y que, por otra parte, tenían bien poco que perder, mientras que un escándalo así ponía en peligro el nombramiento de su esposo. Mas, no obstante, antes de comprometerse a nada le preguntó:

—¿Quién me asegura que tiene usted esas cartas y de que sean efectivamente de mi marido?

Lewis sacó del bolsillo una carta, y mostrándole únicamente lo que a él le interesaba, le dijo:

—¿Es ésta la firma de su marido?

—En efecto—afirmó Elena reconociendo la letra de Alan.

—Pues fíjese en la fecha y en el encabezamiento: «Diana, amor mío». Hay otras mucho más ardientes.

Elena no sabía qué responder ante aquella prueba tan convincente de la indiscreción de su esposo, y Lewis que la vio dudar, siguió diciéndole irónicamente:

—Será el fiscal más joven en la historia de Inglaterra, y sería una lástima que perdiese ese puesto por unas miserables dos mil libras.

Se guardó de nuevo las cartas y le dijo:

—Bueno, me retiro; la llamaré

mañana, a las dos en punto, para indicarle dónde puede esperarme y saber su resolución.

Y besándole galantemente la mano, se alejó de ella, llevándola cerca de su esposo, que le preguntó cuando quedaron solos:

—¿Quién es ese caballero?

Elena no supo qué contestar, pero pronto adoptó un aire de indiferencia y le respondió riendo:

—Nunca me acuerdo de su nombre... Es... es muy chistoso.

Le cogió del brazo y apartándole un poco del salón de fiesta le preguntó:

—Alan, ¿eras muy indiscreto cuando joven?

—Algo—respondió él sin darle valor a la respuesta.

—Pero ahora eres más discreto, ¿verdad?—volvió a preguntar Elena.

Sir Alan sonrió ante lo que él creía una ingenua pregunta de su esposa, y le contestó:

—Figúrate. Me van a nombrar fiscal del Reino... El rey debe tener confianza en mí.

Elena se abrazó a él como si quisiera ampararle del escándalo que el otro estaba dispuesto a dar y le dijo:

—Y «yo» también tengo confianza. Eso es más importante, ¿no es cierto?

Alan la estrechó fuertemente

U N A H O R A E N B L A N C O

contra su pecho, y le respondió amorosamente:

—¡Amor mío: eso es lo más importante de todo para mí!

Y mientras que los invitados se-

guían celebrando aquella fiesta, los dos esposos se alejaban del salón para, a solas, poder decirse una vez más el inmenso amor que mutuamente se tenían.

LA CITA

Al día siguiente, a las dos de la tarde, tal y como había dicho Lewis, llamó por teléfono a Elena. Esta, durante toda la noche anterior, no había hecho otra cosa que pensar en lo que le había sucedido con aquel individuo. Ni siquiera dudó por un instante de que Lewis era hombre capaz de realizar su amenaza. No le cabía duda de que promovería un escándalo que desacreditaría el buen nombre de su esposo y que con ello evitaría que el nombramiento de fiscal recayese sobre él. No eran los celos los que la tormentaban por aquella aventura que de soltero había tenido su esposo. Tenía suficiente confianza en

él para saber que la amaba y precisamente por esta confianza y por este amor era por lo que estaba dispuesta a acudir a la cita y entregarle a aquel chantagista la cantidad que solicitaba como pago de su silencio y de la entrega de aquellas comprometedoras cartas.

El mismo le indicó el lugar de la cita, y a la hora indicada Elena paró con su coche en el lugar convenido de la población. Inmediatamente de haber parado, entró Lewis dentro del carruaje y se sentó a su lado diciéndole:

—Dispense si la asusté al entrar. La puntualidad es una de mis raras virtudes... en cuestión de dinero.

—¿Por qué me ha hecho venir a Dower?—preguntó ella.

—Porque hay que tener cautela —le dijo Lewis sonriendo cínicamente—. La policía puede tener la equivocación de calificar esto de chantaje.

Elena, que deseaba acabar cuanto antes aquel enojoso asunto, se apresuró a decirle:

—Tengo aquí el dinero que usted pidió. ¿Dónde están las cartas?

Lewis, sin manifestar una gran prisa por terminar el «negocio», le respondió:

—Arreglamos antes unos pequeños detalles. Se trata de lo siguiente: haga cambiar esos billetes que trae por otros de 5 y 10 libras esterlinas y ponga el dinero en este maletín.

Le entregó un pequeño maletín que llevaba y siguió diciéndole:

—Vaya al Banco y regrese dentro de diez minutos. Así no tendrá tiempo de marcar los billetes. Cuando salga del Banco tome hacia el acantilado de Dower. En lo alto de la roca llamada «Bellavista» hay un árbol bajo el cual encontrará usted una carta. Léala y cumpla exactamente lo que dice en ella.

Y antes de que Elena pudiera pedirle ninguna explicación, volvió a saltar del coche y desapareció hacia el acantilado de Dower.

La joven comprendió que no tenía más remedio que seguir todas aquellas instrucciones y bajó del coche para ir al Banco y cambiar los billetes en los que le había dicho Lewis. Permaneció dentro del Banco menos tiempo aun del que le había martado, y siguiendo el itinerario que él le había indicado, se fué hacia el acantilado. Antes de llegar al árbol que había mencionado Lewis, dejó el coche y subió por fin al sitio convenido. En efecto, allí había un árbol y entre la maleza encontró una carta que decía:

«Cuando termine de leer esta carta siga de frente y arroje la maleta por el despeñadero. Retroceda en seguida hacia donde principia la cuesta. Allí encontrará otro árbol y al pie de éste, entre un montón de hojas, están las cartas.»

Elena dudó unos segundos. ¿No sería todo aquello mentira y tantos pormenores servirían únicamente para robarle dos mil libras? Mas ante la duda de que su indecisión pudiera acarrear un serio disgusto a su marido, hizo lo que Lewis le ordenaba. Arrojó el maletín por el despeñadero y bajó a buscar el árbol que decía en su carta.

Antes de llegar a él oyó voces y se ocultó para ver de quién se trataba. Hasta ella llegó la voz de un

hombre que advertía cariñosamente a su compañera:

—¡Anita! No te acerques mucho al borde, querida. Mira que es peligroso.

La mujer cruzó ante ella sin fijarse siquiera y Elena dejó su escondite, teniendo que pasar forzosamente por delante del hombre que seguía recomendando a la llamada Anita que tuviera prudencia.

Cuando llegó al árbol que le indicaba, buscó por entre el montón de hojas que había al pie del mismo y encontró un paquete conteniendo las cartas. Vió la firma de su marido en algunas de ellas y sin querer saber siquiera su contenido, las quemó en aquel mismo lugar. Respiró tranquilamente cuando vió libre de aquel peligro a su esposo y regresó adonde había dejado el coche. Volvió a subir en él y, más tranquila, se fué directamente a su casa sin que Alan se enterase de nada.

Al día siguiente los dos esposos se trasladaron a Biarritz para pasar en la hermosa ciudad su luna de miel. Los días que allí llevaban eran para los dos esposos como un verdadero paraíso. Solos como ellos querían, no tenían más compañía que aquel inmenso amor que los unía, y tanto el uno como el otro veían pasar los días con el temor de que se

acabasen aquellas vacaciones que ellos habían convertido en un continuo idilio.

Llevaban ya dos días en Biarritz cuando una mañana entró Alan llevando un hermoso ramo de rosas para Elena. Esta las acarició amorosamente y exclamó admirando la belleza de las flores:

—¡Oh, Alan!... ¡Qué rosas tan lindas!

Alan retuvo la cara de su mujer entre sus manos y mirándola arrobado le respondió:

—Ahora tienen una rival peligrosa.

Ella sonrió satisfecha por la galantería del hombre a quien tanto adoraba y que continuamente le daba pruebas de su amor y le dijo:

—¡Estos días han sido un encanto, Alan!

—Y todavía tenemos dos semanas más, Elena... ¡Dos semanas de estar completamente solos!

Pero aquella soledad no tardó en verse interrumpida. Apenas habían comenzado a comer cuando un criado anunció la visita de Bunny. Los dos esposos se miraron sorprendidos y antes de que pudieran preguntarse nada, apareció Bunny sonriendo como siempre y diciéndoles bromeando:

—La poesía se apoderó de mí insidiosamente... y tuve que venir.

Elena le amenazó cariñosamente con su dedito y le dijo con fingida seriedad:

—Hay que atender a eso, Bunny. Debes casarte.

—Pero ¿cómo nos libraremos de éste?—exclamó a su vez Alan.

—Oye, Bunny—siguió diciéndole ella—, yo te escogeré la novia.

—Muy bonito—exclamó casi indignado Bunny—. Todas las mujeres quieren que me case con alguna otra, pero ninguna con ellas.

El criado entró el correo que acababa de llegar y Alan repasó los sobres y entregó uno que venía a nombre de Elena. Esta rasgó el sobre y leyó la firma del remitente, diciéndole a su esposo:

—Es de Eloísa.

El tenía un sobre voluminoso en las manos y Bunny exclamó:

—¿Qué sobre tan grueso! Apuesto a que es un legajo.

Alan leyó el contenido del escrito y dijo mientras leía:

—Mi ayudante está enfermo... El tenía a su cargo este expediente. La causa debe verse el lunes... No tengo más remedio que tomar el avión esta misma tarde.

Elena le miró disgustada por

aquella marcha forzosa y Bunny, bromeando con ella, al comprender el pesar que le causaba a la joven interrumpir su luna de miel, le dijo:

—Elena, eres una actriz admirable.

—Lo siento mucho, queridísima—le explicó su marido.

—Yo que me había prometido pasar unos días tan agradables aquí—suspiró con tristeza Elena.

—Oh, no te apures—exclamó Bunny—. Mis galanteos no duran, pero valen la pena. Yo te haré compañía.

Alan, que seguía leyendo el expediente, dijo en voz alta:

—El acusado empujó a su mujer desde lo alto de un risco...

—Eloísa ha tenido un bebé—exclamó alegremente Elena sin darse cuenta de que su marido no la oía y seguía leyendo.

—«...él protesta de que fué un accidente.»

—No es un accidente el que Eloísa tenga un bebé, Alan—le censuró Elena.

—Dispensa, querida—se excusó Alan—. No quise interrumpirte.

—¿Y de qué trata ese juicio?—preguntó Bunny.

—De un sujeto que empujó a su mujer desde uno de los riscos de Dower.

—Ah, sí; ya caigo — exclamó Bunny—. Todos los periódicos hablan de ese caso.

—Sí, la historia de siempre—siguió explicando Alan—. Un testigo misterioso que no se encuentra... El acusado dice que una mujer le oyó decir: «Anita, no te acerques mucho al borde».

Elena prestó atención entonces a lo que decía su marido. Imaginativamente se representó a aquel hombre el día que ella estuvo en el acantilado de Dover, y se acordó que, efectivamente, ella oyó hacerle aquella advertencia. Nerviosamente le preguntó a su marido:

—¿Cuándo sucedió eso?

—En la tarde del 14 de mayo... La noche que salimos de Inglaterra.

—Cúlpame a mí, Elena — dijo bromeando Bunny —. Yo dispuse ese asesinato para que Alan tuviera que regresar a Londres... Quería quedarme solo contigo.

Alan entró en su cuarto para hacer los preparativos del viaje, mientras que Elena quedaba pensativa ante lo que acababa de suceder. No cabía duda de que aquel pobre acusado decía la verdad. El testigo que no aparecía era ella misma, y bastaría con que hiciese aquella declara-

ción para salvar al infeliz de una muerte segura. Pero para hacer aquella declaración tenía que justificar el porqué estaba en el acantilado y ello llevaba consigo el descrédito de su marido.

Presa de un nerviosismo que inútilmente podía contener, al cabo de unos minutos exclamó decidida:

—Yo... me voy a Londres con Alan.

—Pero, mujer — le reprochó, siempre en son de broma, su amigo—, no soy tan malo como para eso...

Sin embargo, Elena no estaba para bromas en aquel momento. Sentía sobre su conciencia una enorme responsabilidad y comprendía que no habría podido permanecer lejos de su marido aquellos días. Sentía el ansia de estar en Londres y ver la forma de poder salvar a aquel desdichado sin comprometer a su esposo. El dilema que se le presentaba era de difícil resolución; pero sin embargo, creía que estando en Londres le sería más fácil hallar el medio.

Y sin que Alan ni Bunny pudieran evitarlo, aquella misma tarde los tres salieron en avión con dirección a Londres, donde el lunes pró-

ximo, o sea al día siguiente de su llegada, Alan tendría que actuar como acusador de aquel infeliz.

La causa, como había dicho Bun-ny, había llamado la atención del público y todos los diarios llenaban

columnas enteras relatando los más insignificantes pormenores, para que la morbosidad del público se sintiera satisfecha con aquellos relatos, que la mayor parte de las veces son inventados por el mismo cronista.

ENTRE EL AMOR Y LA CONCIENCIA

EN todas las grandes capitales existe una masa de ciudadanos desocupados que sienten una extraordinaria predilección por asistir a todas las tragedias. Cualquier caso desgraciado que suceda encuentra en seguida a estos miles de curiosos que acuden presurosos a ver las víctimas o las desgracias, para luego poder referirlas a su antojo y con todos los detalles, unos verdaderos y otros inventados. Siente una especie de superioridad hacia los demás que no lo han presenciado, y en su morbosidad hasta llegan a considerarlos desgraciados.

El caso Metford, que así se llamaba el acusado, había despertado una viva curiosidad entre toda esta

gente, y en esta ocasión mayor todavía, puesto que de acusador había de actuar un hombre de la fama de Alan.

El primer día de la actuación de Metford, la sala estaba completamente atestada de público. No eran sólo esos individuos que no faltan a ninguna vista los que se hallaban presentes, sino que célebres abogados y periodistas habían acudido para presenciar la actuación de Alan Dearden.

Este esperaba tranquilo la presencia del acusado y cuando éste estuvo presente, le preguntó para desconcentrarlo:

—Metford, ¿nos puede decir por qué asesinó a su esposa?

—¡Oh! No soy tan malo como

para eso—respondió—. Yo no la asesiné.

Alan, al ver que seguía negando, cambió el giro de su interrogatorio y volvió a preguntarle:

—Díganos: ¿era feliz con su esposa?

—Claro que sí—respondió Metford.

—Y el día de su muerte, ¿no se había querellado con ella?

—Habíamos tenido una pequeña discusión..., cosa sin importancia—respondió nuevamente.

—¿Por qué?

Metford guardó silencio, sin querer responder y Alan insistió diciéndole:

—Sírvase contestar a mi pregunta.

El acusado se volvió hacia el presidente de la Sala, preguntándole a su vez:

—¿Tengo que contestar, milord? He procurado responder a todo... Pero no tiene derecho el señor de preguntar ciertas cosas... A ella no le gustaría que contestara.

—¿Insiste usted en no responder?—preguntó Alan.

—Aunque me vaya la vida, me niego a responder—se reafirmó el acusado.

Alan se volvió hacia los que formaban el jurado y les dijo:

—Ustedes, señores, deducirán sus propias conclusiones.

Y dirigiéndose nuevamente al presunto criminal siguió interrogándole:

—Metford, dos meses antes de su visita a Dower su mujer firmó un nuevo seguro de vida por dos mil libras... ¿Usted se lo aconsejó?

—Sí, señor—respondió—. Mi mujer tenía el presentimiento de que algo le iba a ocurrir. Quería prever el sostén de su madre...

—Pero la póliza era a favor de usted—le dijo Alan.

—Es que su madre era demasiado anciana para manejar dinero—explicó el acusado.

—Muy conveniente la explicación—respondió Alan—. ¿Insiste usted en que la caída de su esposa fué un accidente?

—¡Sí, sí!—gritó desesperado el acusado—. ¡Yo le advertí que no se acercara al borde! ¡La mujer que pasó por allí debió oírme!

—Buena, eso de la mujer ya lo ha dicho usted varias veces y ese testigo no aparece por ninguna parte, lo que prueba que no existe—le interrumpió Alan—. ¿Acaso sabe usted si vivía en el hotel de Dower esa misteriosa dama?

—No lo sé, porque nunca la había visto—respondió Metford.

—¿Y sin embargo la vió usted

«pasara» por el sendero? Describala... ¿Cómo vestía? ¿Era alta o baja?...

Metford quiso hacer memoria y después de un gran esfuerzo respondió:

—Creo que... creo que llevaba un traje marrón.

—¿Qué edad le calcula?

—No lo sé... Es difícil calcular la edad de una mujer en estos tiempos.

—Muy bien contestado. Eso le evita a usted de toda otra descripción—exclamó Alan.

—Es que no puedo precisar nada después de todas estas semanas de sufrimientos — se lamentó tristemente Metford.

—Está bien, Metford — terminó diciéndole—. Por todas partes ha resonado la historia de esta misteriosa dama... Todos los periódicos le han dedicado columnas enteras, y, sin embargo, ella no se ha presentado. ¿Por qué? Pues porque esa dama es, a todas luces, un personaje ficticio que jamás ha existido.

Y a pesar de que el pobre hombre se debatía para poder explicar su inocencia, las intencionadas preguntas de Alan iban envolviéndole en una red cuyos hilos le enredaban cada vez más, haciéndole aparecer cada vez más culpable.

Después de aquella primera vis-

ta, los diarios daban cuenta de la audiencia diciendo:

«La mujer misteriosa

Única esperanza de Metford para probar la coartada»

A medida que avanza el juicio, Samuel Metford, acusado del famoso asesinato de Dower, se ve con mayor claridad que su suerte depende, casi por completo, de que se presente a declarar la misteriosa mujer que, según el acusado, podría exonerarle de toda responsabilidad.

Desde un principio, sir Alan Dearden ha venido agregando eslabón tras eslabón a la poderosa cadena de pruebas iniciarias con que se espera establecer definitivamente la culpabilidad de Metford.

Esta noticia la leía Elena en su casa al día siguiente de la vista y su estado de nervios era verdaderamente alarmante. La vida de aquel hombre comprendía que dependía de ella. Si se presentaba a declarar y decía la verdad, Metford podría probar su inocencia y librarse de la muerte, pero si por el contrario, persistía ella en callar, no había duda alguna que su mismo esposo le condenaría.

El dilema para ella era terrible. ¿Qué hacer en aquella ocasión, en la cual se encontraba entre su con-

cientia y su amor? ¿Cómo poder convencer, por otro lado, a su esposo que Metford era inocente sin decirle la verdad, toda la verdad?

Abandonó el periódico cuando entró el criado para recoger el servicio, y con la confianza que le daban los muchos años que llevaba de servicio con ella, le dijo:

—¿Sabe, milady, que hay una discusión entre los criados? Todos discuten sobre el caso Metford y dicen todos, menos el cocinero, que Metford es culpable... ¿Qué le parece a usted, milady?

Elena no pudo contener los nervios y exclamó, levantándose airadamente:

—¡Basta!... ¡No quiero oír hablar más de ese asunto!

—Perdone, milady, si he molestado—respondió el criado humildemente, saliendo de la sala.

Poco después apareció Alan. Dejó el sombrero y el abrigo y se echó en un sofá que había en el aposento. Su aspecto era el de un hombre cansado y Elena se acercó a él mimosamente, diciéndole:

—Pareces cansado.

—Lo estoy—respondió él—. El tal Metford es un criminal fuera de lo común. No he podido lograr que se desmienta respecto a esa mujer que él invoca como testimonio.

Y al ver la cantidad de periódicos que había en la mesa, preguntó extrañado de que su esposa leyera tanto:

—¿Qué haces con tantos periódicos? Veo que has estado leyendo, como todos, el caso Metford.

—Sí—contestó ella—, es un caso que me preocupa.

El la retuvo cariñosamente entre sus brazos y le dijo:

—Vamos, amor mío... no te preocupes por semejante cosa.

Pero Elena, en un arranque de su propia conciencia, exclamó, queriendo inculcar a su esposo su mismo pensamiento:

—Alan, estoy segura de que ese Metford no es culpable... Tú no puedes mandar al patíbulo a un inocente.

—Mira, Elena, los inocentes «no pierden la memoria» cuando les conviene... Si conocieras a Metford cambiarías de opinión.

—Pero si le conozco—exclamó ella sin darse cuenta.

Alan miró extrañado a su mujer y esa extrañeza se la expresó preguntándole:

—¿Que tú le conoces? ¿Dónde le has visto?

—En los periódicos, naturalmente—respondió ella sin titubear—. Tiene una cara muy bondadosa.

—Siempre pone esa cara de mártir cuando le van a retratar—le advirtió él.

Mas Elena, segura como estaba de que aquel hombre era inocente, no cejó en su empeño y volvió a insistir:

—Alan, debes ser justo.

—Pero, vida mía, si todas las pruebas le condenan —contestó Alan—. Su historia de esa mujer es un simple embuste... Ni siquiera ha podido describirla.

—Quizás pasó rápidamente y él no pudo verla bien—comentó Elena.

—Eso es exactamente lo que alega. Unas veces dice que iba vestida de marrón y otras que de gris. En fin, que él mismo se desmiente.

—Es que los hombres no se fijan mucho en trapos —le advirtió ella, creyendo encontrar una explicación.

Se levantó y se colocó detrás de él, de forma que no la viese y le preguntó:

—¿Podrías describir mi vestido?

¿Podrías decir cómo estoy?

—Estás adorable —respondió él.

—¿Ves? Tú llamarías a eso una evasiva... Dime cómo es mi vestido.

—Está bien, te lo describiré—le dijo Alan sonriendo—. Llevas un vestido de raso blanco con flores rojas y verdes...

Era verdad. Elena iba así vestida y al ver que le fallaba aquella prueba, exclamó desconcertada:

—Bueno, sí; pero es que tu retentiva no la tiene cualquiera.

Alan la cogió por una mano, la obligó a sentarse junto a él y le dijo:

—¿Es que cualquiera no tiene una mujercita como la mía!

Pero en aquella ocasión, con gran extrañeza de Alan, Elena no agradeció como siempre su galantería y le preguntó:

—¿Qué es lo que te pasa? Nunca te he visto tan preocupada... ¿Por qué estás tan segura de que ese hombre es inocente?

Elena se dio cuenta de que se estaba exponiendo demasiado y de que daba lugar a que su esposo le exigiera una explicación, por lo que se apresuró a decirle:

—Mi seguridad es tan colamente por intuición.

—Pues en estos casos la intuición no significa nada; es la lógica la que decide... Y ¿sabes una cosa?

—¿Qué?—preguntó ella.

—Pues que muchas veces me asusta que me quieras tanto... Me da miedo cometer algún error en el cumplimiento de mi deber... Cuando me nombren fiscal, se acabarán todas estas preocupaciones.

Elena quedó unos momentos pen-

sativa. Lo que su esposo acababa de decirle era una prueba manifiesta de lo que representaba para él aquel nombramiento. No obstante, le preguntó, queriendo saber a ciencia cierta todo lo que él pensaba de aquel puesto que era el máximo galardón de un hombre que profesase su carrera:

—Dime, Alan: ese nombramiento significa mucho para ti, ¿no es cierto?

Alan suspiró con satisfacción al pensar que estaba a punto de obtenerlo y contestó:

—Desde que abrí la primera hoja del Código ha sido éste el ideal de toda mi vida.

Su esposa guardó silencio. Ella estaba dispuesta a declarar lo que sabía, pero al comprender que su declaración destruiría todas las ilusiones de su marido, decidió guardar silencio aun cuando éste tuviera una importancia tan trascendental.

Alan, creyendo que el silencio de su esposa se debía a otro motivo, le cogió cariñosamente las manos, diciéndole:

—Pero antes de lograrlo he conseguido otro mucho mejor... Te he conseguido a ti.

Elena sonrió ante la demostración de cariño de su esposo. Indudablemente, se dijo a sí misma, ella no tenía derecho a destruir el por-

venir de Alan. Aquel hombre se le había confiado por completo y hubiera sido una crueldad lo contrario.

Mas ante la mirada de extrañeza con que Alan la interrogaba casi, ella no tuvo más remedio que decirle:

—No te extrañe, Alan. A veces hago y digo cosas que, la verdad, tienes que ser muy indulgente conmigo.

—No digas tonterías, nena—se apresuró a decirle él—. ¿Por qué crees que yo te adoro? ¿Crees que es sólo porque eres tan linda? Pues no, alma mía... Es porque tienes luz propia como el diamante... Posees el más bello de los dones: una integridad exquisita ante cuyos reflejos todo parece artificial.

Elena no sabía qué responder. Las alabanzas de su esposo en aquella ocasión le hacían daño, porque cada una de ellas era como si fuese una reclamación para que cumplierse con su deber y no dejase condenar a aquel hombre que ella únicamente sabía que era inocente y podía salvar.

El criado vino a decirles que la mesa estaba servida, y Alan, siempre galante con su esposa, le ofreció el brazo y él mismo la llevó al comedor.

Los días que siguieron a esta con-

versación los pasó Elena febrilmente. A cada instante le parecía ver ante ella el rostro del acusado ordenándole que fuese a declarar lo que sabía. Aquella idea se había convertido en una obsesión suya y necesitaba distraerse como nunca para poder descansar lo que ya casi se había convertido en un martirio para la inocente joven, que, sin culpa ninguna, se veía metida en aquel asunto.

Una tarde, al llegar al despacho de su bufete, el criado, antes de que tuviera tiempo de quitarse el abrigo, le entregó una carta diciéndole:

—Hace tres horas llegó esta carta, señor.

Alan tomó la carta y antes de abrirla examinó el sobre. Había algo en él que le hacía recordar tiempos pasados. Sin atreverse a abrirla quiso escudriñar en su memoria para ver si se acordaba de quién le había escrito en igual forma y de su meditación lo sacó el criado diciéndole nuevamente:

—Faltan diez minutos para el bautizo, señor... Acuérdesse que el bautizo es a las cinco en punto.

Alan miró su reloj de pulsera y comprobó que exactamente era la hora que le decía su criado, por lo que se decidió a abrir el sobre y leer su contenido, que decía:

«Querido Alan: Te extrañará recibir carta mía después de tantos años de silencio, pero es de vital importancia que nos veamos inmediatamente.

»Se trata de algo muy grave.... sobre todo para ti.

»Te aconsejo que tomes esta carta con la seriedad que merece. No dejes de venir. Te espero a las cinco.

»Diana Rogers
Calle Mallet, 9.»

El nombre de Diana Rogers trajo a su memoria sus años de soltero y los amores que sostuvo con aquella mujer. Diana no había sido nunca nada en su vida. Fué un capricho de soltero, del que fácilmente se deshizo cuando comprendió que aquella mujer podía acarrearle serios disgustos. Siempre había sospechado de ella, y últimamente tuvo la sensación de que tarde o temprano aquella mujer podría tener cierto influjo en su vida, por lo que procuró desaparecer a tiempo.

Al recibir aquella carta no la echó a broma. Sabía que ella era capaz de cualquier escándalo y, para evitarlo, se propuso ir inmediatamente a la cita que le daba. Dispuesto a ello, le dijo al criado:

—Avisé a lady Dearden que llegará un poco retrasado al bautizo. Inmediatamente salió hacia la di-

rección que le daba la carta, para ver cuál era el asunto de que se trataba.

Mientras tanto, Diana discutía con su amante Hugo Lewis: el mismo que había hecho entregarle las dos mil libras a Elena, quien en aquel momento le decía:

—Van a dar las cinco... Creo que debo ahuecar el ala... ¡Animo, Diana!... ¡Pronto estarás en fondós!

Pero Diana no era de su mismo pensamiento. Durante el tiempo que trató a Alan comprendió que no era este hombre a quien fácilmente pudiera engañarse, y le respondió:

—Me parece que saldremos parados con este hombre. De ésta acabaremos en chirona.

El se echó a reír cínicamente y volvió a animarla diciéndole:

—Tienes el mismo valor que un canario.

—Te soy franca—insistió ella—, no me agrada este llo.

Lewis se echó a reír ante los temores de su amante y le respondió:

—¿No comprendes que todo está admirablemente preparado? Después de todo no deja de tener gracia. Yo le vendo unas cartas a ella y tú otras a él... Cuando se anuncie su nombramiento le venderemos el resto y en paz.

Diana le miró recelosamente y le dijo:

—Tú no conoces a Alan tanto como yo... Es hombre muy listo... Desde muchacho se ha distinguido por lo despierto que ha sido.

—Pues si resulta demasiado listo — exclamó Lewis, indicando la manera de matarlo —, no habrá más que una solución... Ese dinero nos hace falta.

Llenó otra vez una copa de cognac y se la entregó a ella diciéndole:

—Anda, otra copa y me voy... Son las cinco y cuarto y ese hombre estará para llegar.

Bebieron las copas que habían llenado y mientras siguieron discutiendo.

Pasaba el tiempo y en la iglesia se esperaba impaciente la llegada de Alan. En vista de que ya eran más de las cinco y media y Alan no aparecía, la misma Elena fué quien se acercó a su amiga y madre del niño, diciéndole:

—Siento mucho que Alan se haya retrasado tanto... Mr. Jeffers podrá servir de padrino en lugar de él.

De aquella forma el pobre Jeffers se vió convertido en padrino y protagonista casi de una fiesta en la que sólo pensaba actuar como invitado. Sin poderse negar a ello, la única excusa que se atrevió a poner fué la de decir:

—Pero... ¿cómo se hace eso?

—Es muy fácil—le dijo el sacerdote—. ¿Usted recuerda el nombre?

La misma Elena le dijo los nombres que pensaban poner a la criatura y le entregó al pequeño para que diera comienzo la ceremonia.

Jeffers, que en su vida había tenido un niño en brazos, lo colocó tal malamente, que Elena tuvo que advertirle:

—Lo tienes alzado al revés, Jeffers.

Este lo colocó tal y como le decían, pero sin poderse contener en decir:

—¿Qué blanducho?... ¿Es que los niños no tienen huesos?

El sacerdote seguía la ceremonia del bautizo cuando llegó a un momento en que puso al improvisado padrino en un verdadero aprieto al ordenarle:

—Diga el nombre del niño.

Bunny Jeffers sudaba la gota gorda. ¡Cualquiera se acordaba de todos aquellos nombres que se los habían ocurrido ponerle! Y gracias a que Elena estaba a su lado y en voz baja se los fué recordando diciéndole:

—Tadco... Eduardo... Jorge... Hugo... Pennyfield Cameron.

Cuando terminó de decirlos respiró fuertemente, como el hombre que acaba de hacer un verdadero sacrificio.

LAS BROMAS DE BUNNY JEFFERS

CUANDO Alan llegó aquella tarde a su casa, se hacían todos los preparativos para la cena que iban a celebrar. Elena lo esperaba impaciente, y con gran sorpresa suya lo vio entrar cabizbajo y con el aire de un hombre a quien acaba de ocurrirle algo muy grave. Se fijó en que traía una mano vendada y acercándose a él mimosamente le preguntó:

—¿Qué te ha pasado en la mano?

Alan procuró quitarle importancia y respondió gravemente:

—¡Oh! No es nada. Un... clavo del taxi.

Elena tampoco dió más importan-

cia al hecho y le recordó al bautizo diciéndole:

—Lástima que perdieras el bautizo... El héroe de la fiesta es un rotro muy llorón.

Entonces se acordó Alan que aquella noche había de celebrarse la fiesta y por primera vez, después de casado, expresó su deseo de quedar solo y le dijo:

—No quisiera invitados esta noche...

Elena, sin responder a la sugerencia de su marido, volvió a decirle, recordando su ausencia del bautizo:

—Debe ser algo urgente lo que te impidió asistir al bautizo...

—Sí, muy urgente — respondió

Alan, en quien se advertía el deseo de no hablar del motivo de su ausencia.

Elena creyó que sería debido al proceso de Metford y le preguntó:

—¿Cómo va el juicio del pobre Metford?

Alan se levantó de mal humor y al mismo tiempo que se dirigía a sus habitaciones le recomendó a su esposa:

—Querida mía, prefiero no discutir ese proceso esta noche.

Elena, al quedar sola, comprendió que lo que a su marido tenía de tan mal genio no era otra cosa que el juicio de Metford y ante la responsabilidad que ella misma sentía por lo que a aquel hombre pudiera ocurrirle, sintió la necesidad de pedirle consejo a su buen amigo Jefferson, quien, además por ser abogado, podría indicarle una forma para salvar a aquel desgraciado sin necesidad de comprometer a su marido. Sin pensarlo por más tiempo, llamó a casa de Jeffers, a quien le dijo:

—Necesito hablar contigo a solas. Bunny... ¿Puedes venir?

—¿Le ha ocurrido algo a Alan? —preguntó, intranquilo.

—No, no es nada de Alan; es cosa mía... pero necesito que vengas.

—Dentro de unos minutos estaré ahí—respondió Bunny.

Y, en efecto, no había pasado un cuarto de hora cuando se presentó Bunny, preguntándole:

—¿Qué pasa, Elena? Cuando me has llamado con tanta precipitación debe ser algo grave.

Elena le refirió con todo detalle lo que le había ocurrido el día anterior de su salida de Londres y lo que había hecho para salvar a su marido de un escándalo, y últimamente le dijo que aquella mujer a quien Metford citaba en su declaración había existido en efecto y que era ella.

Cuando terminó de narrarle toda la historia, Bunny le contestó rápidamente:

—No debías haber cedido a ese chantaje.

—Creí de buena fe que de esa forma evitaría el escándalo.

—¿Y por qué no se lo dijiste a Alan?—le preguntó su amigo.

—No me atreví... Ya sabes cómo es él.

—Es verdad. Alan habría denunciado al ladrón y provocado un escándalo.

—¿Y qué debo hacer ahora? —preguntó angustiosamente Elena— ¿Crees que se lo debo decir?

—De ninguna forma —la interrumpió Bunny—. Si se lo dices, ello

destruirá su carrera... y si no se lo dices... un inocente irá a la horca.

—Eso mismo pienso yo—exclamó Elena—. Tenemos que hacer algo para salvar a ese inocente sin que Alan sufra.

Bunny quedó unos segundos pensativo y al fin le aconsejó:

—Dile únicamente que fuiste a Dower.

—Y me preguntará que a qué.

—Dile que fuiste a despedir a mi hermana y que después que zarpó el barco fuiste a pasear por el acantilado y allí viste a Metford.

—¡Imposible!—dijo Elena.

—¿Imposible? ¿Por qué?—preguntó Bunny.

—Porque desgraciadamente le dije que había ido a Wimbledon ese día.

Elena, al ver que Bunny callaba sin saber qué consejo darle, se paseaba nerviosamente por la estancia, ante la impotencia de poder salvar a Metford sin comprometer a Alan. Bunny comprendió el sufrimiento de su pobre amiga y trató de consolarla diciéndole:

—No te aflijas. Todavía pueden pasar muchas cosas antes de que se termine el juicio.

En aquel momento apareció Alan, y Bunny, recobrando de nuevo su

buen humor, lo saludó diciéndole:

—Alan, hoy estuve en el juicio... No quiero perder una sola sesión de ese proceso.

Alan le miró irritado y exclamó con acritud:

—No sé qué deseo tenéis todos de hablar siempre de lo mismo.

—Eso mismo digo yo—intervino Elena—. No sé por qué se encarnizan todos contra ese pobre hombre.

—Quizás su mujer «pedía» que la asesinasen—exclamó bromeando Bunny.

Alan le miró agresivamente y al fin exclamó, conteniendo a vivas penas su malhumor:

—Si crees que eso es chistoso, te equivocas... Espero que no habrás estado discutiendo el caso con Elena.

Ella se había alejado para ir recibiendo los invitados de aquella noche y ver que todo estuviera dispuesto, mientras que Alan le preguntaba a su amigo:

—Bunny, tú eres un buen abogado aunque no practiques... ¿Tú crees que Metford es inocente?

—Estoy seguro de ello—respondió con firmeza Bunny.

—Señálame un punto en favor de ese desgraciado—le pidió Alan.

—Esa... mujer que él cita... No es imposible que exista esa dama.

—Y si existe, ¿no comprende ella que se juega la vida de un hombre? ¿Por qué no se presenta?

—No sé explicártelo—siguió diciéndole Bunny—. Puede haber estado en Dover aquel día y en circunstancias que le impidan confesarlo.

Alan sonrió irónicamente y exclamó:

—¡Muy bonito! Mañana iré al Tribunal y diré: «Milord: creía haber completado mi proceso contra el acusado, pero la brillante lógica de mister Jeffers ha destruido la acusación... Por lo tanto, pido la anulación del caso.»

Bunny le oía sin interrumpirlo, advirtiéndole que su amigo no se hallaba en un estado normal. Hablaba nerviosamente y al hacerlo se adivinaba que su pensamiento estaba muy lejos de allí. Sin embargo, Alan, sin darse cuenta de la observación de su amigo, siguió diciendo:

—¿No te parece que debía pedir que se erigiera un monumento a Metford en Bellavista? Podía llevar esta cortés inscripción: «No empujar a las señoras».

En aquel momento empezaron a llegar los invitados. Uno de los primeros en llegar fué Eloisa, la madre del chiquillo bautizado aquella tarde, quien, acercándose a Alan, le dijo bromeando:

—Tadeo Eduardo Jorge Hugo Pennyfield Cameron no te perdonará nunca tu desertión de esta tarde.

Alan sonrió, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo y se disculpó diciéndole:

—Dispénsame, Eloisa... Asuntos importantes...

—¿En la calle de Malet?—preguntó ella.

Alan quedó sorprendido de aquella pregunta y la joven, sin darle importancia a lo que decía, siguió explicándole:

—Le vi torcer esa esquina viniendo del Malecón.

—Se equivocó... No he estado por allí.

El criado se acercó a Elena, que formaba grupo con ellos, y le advirtió:

—Milady, está servida.

—Está bien; ahora pasaremos—respondió Elena, que empezaba a sospechar que algo extraordinario le ocurría a su marido aquella noche.

Los hombres se dedicaron a jugar y en una habitación apartada de las demás, formaron partida Alan, el inspector Lawrence, Jeffers y lord Hathaway. Al cabo de una hora, milady Hathaway fué en busca de su marido y suspendió la partida diciendo:

—Es la hora de acostarte, querido.

Su esposo, dócil como una doncella, se levantó de la mesa y se despidió de sus compañeros de juego. Al quedar nuevamente solos los tres amigos, Bunny Jeffers regañó a Alan por su forma de jugar, diciéndole:

—Has jugado pésimamente. No ponías atención a las cartas. ¿Por qué arrastraste al rey con la sota de diamantes?

Alan se encogió de hombros y su amigo continuó diciéndole:

—Sin duda te figuraste que yo tenía el as.

—No digas tonterías. Si no veía tus cartas, ¿cómo iba a tener la seguridad de que tú tenías el as?—exclamó Alan por decir algo, aun cuando su pensamiento estaba muy lejos de lo que su amigo le decía, quien, en su afán de charlar de algo, volvió a decirle:

—Tampoco viste a Metford matar a su mujer y estás convencido de que cometió el asesinato... Probablemente el hombre es tan inocente como yo.

—Todo indica que es culpable—terció el general Lawrence.

—¡Bah! — exclamó despectivamente Bunny— Todos tenemos a veces una hora en blanco, en que no

se puede recordar fechas ni caras ni lugares.

—Sí—exclamó Alan—. Y la hora en blanco de Metford coincidió con el asesinato de su mujer.

—Desde luego—dijo Bunny—. Y ahora acusan al hombre de un crimen que no cometió. El verdadero criminal prepara su coartada de antemano. Mas si se pregunta al inocente dónde estuvo a una hora determinada, no sabe qué contestar.

Alan le miraba nerviosamente. La charla de su amigo y aquel interés en hablar del asunto Metford le ponían fuera de sí. Pero Bunny, sin adivinar siquiera el estado nervioso de su amigo, siguió diciéndole, tanto a él como al general Lawrence:

—Supongamos, Alan, que a ti te acusaran de un crimen cometido hoy... ¿Podrías probar la coartada? Digamos que el crimen se cometió de cinco a seis de la tarde...

Alan miró con extraordinario interés a su amigo. Hubiera querido adivinar en aquel instante el pensamiento de Bunny, mas como no podía hacerlo se limitó a preguntarle:

—¿Por qué de cinco a seis?

—Pues sencillamente porque tenías una cita a esa hora y no te presentaste — le respondió Bunny—. ¿Por qué no fuiste?

Alan hizo un esfuerzo por bromear y le dijo:

—Porque pensé que tú eras más buen mozo para padrino.

—Esa no es una respuesta satisfactoria para el Tribunal — insistió Bunny.

Alan, ante la insistencia de su amigo, quiso cortar aquella conversación y le dijo:

—Dispénsame, Bunny, pero no estoy para juegos de esta clase.

—No, no se trata de juegos — respondió Bunny —. Esto es más serio de lo que parece.

El general Lawrence intervino también en la conversación, que desde un principio seguía con interés, y exclamó:

—Yo he estado recordando lo que hice hoy de cinco a seis y no es tan fácil como parece... ¿Recuerda usted cada minuto de ese tiempo, Alan?

—Sí — respondió —. Poco antes de las cinco recibí una carta importante... Tratábase de algo urgente. Despaché el asunto... Y llegué a casa a las seis y cuarto.

—¡Psch! — exclamó rápidamente Bunny como si se tratara de un fiscal que acusara —. Tú no te conformarías con esa explicación de un testigo. Dices que saliste... ¿Qué rumbo tomó el chofer?

—No usé mi coche.

—¿Y qué hizo con el sargento Burns? — preguntó Lawrence, que se sentía interesado por aquella conversación de los dos amigos.

—Sí, el que te custodia desde que hiciste condenar a aquellos truhanes.

El general Lawrence miró extrañado a Alan y le preguntó:

—¿Dice usted que dejó al sargento Burns?

Se advertía en Alan un vivo deseo en evadirse de todas aquellas preguntas, que si bien sus amigos se las hacían sin ninguna intención y tan solamente con el motivo de pasar el rato, a él le resultaban enojosas en extremo. Cada vez podía advertirse mayor nerviosidad en sus contestaciones y en sus actos, pero tanto el general Lawrence como Bunny no prestaban atención a ello. Por lo tanto, a la pregunta del general, Alan se limitó a responder:

—No hubiera podido soportarlo. Me ponía nervioso.

Bunny exclamó, como el que descubre algo muy importante en la declaración de un acusado:

—¿Ves las consecuencias?... Ahora eres un individuo sospechoso... Esta tarde hiciste algo que no habías hecho nunca. Te deshiciste del chofer y del guardián.

Un criado cruzó por el salón donde estaban ellos y Alan aprovechó



—¿Nos puede usted decir por qué asesinó a su esposa?

—Necesito 2.000 libras.



—¿Qué haces con tanto periódico?



—«Yo» también tengo confianza.

U N A H O R A E N B L A N C O



—Ese dinero nos hace
feliz.



—Anita, no te acerques
mucho al borde.



—Poco antes de las diez recibí una carta importante.



—¡No quiero ni hablar más de este asunto!



—¿Dice que dejó al ser-
gente Burns?

—Si conocieras a Met-
ford cambiarías de opinión.



— ¿A quién buscabas allí?



— ¿Qué te ha pasado en la mano?



—Es que lady Desrêdo
es mi esposa.

—Espero que no habrás
estado discutiendo el caso
con Elena.



—¿Y su declaración?



—No me imaginaba que
mentaras tan bien.

la ocasión para tener una tregua en aquella conversación que parecía un interrogatorio y le ordenó:

—Henderson, whisky para el general y para mí.

El criado llenó los vasos y en cuanto se fué, Bunny volvió nuevamente a la carga diciéndole:

—Los individuos sospechosos no deben beber, Alan.

Este lo miró como si se lo quisiera comer con la vista y su amigo continuó su interrogatorio diciéndole:

—Quedamos en que saliste de tu despacho a las cinco... ¿Adónde fuiste?

—Me dirigí hacia el Malecón Victoria.

—Esa es la típica respuesta de todo culpable.

Alan no pudo contener ya sus nervios y exclamó desesperado:

—¡Bunny, eres exasperante!

—Eso mismo piensa Metford de ti—se apresuró a decirle Bunny Jeffers.

—Sigamos... ¿No le parece, general?

—Sigamos, sigamos—dijo el general, riendo de aquella broma.

—Una vez en el Malecón, ¿qué hiciste?—preguntó Jeffers.

—Caminé hacia el norte y entré en el edificio Bork.

Jeffers dió algunos pasos por la

estancia esperando la contestación de su amigo y cuando éste hubo contestado, volvió a inquirir:

—¿A quién buscabas allí?

—A Gerald Houseman—respondió sin titubear Alan.

—¿Y para qué lo necesitabas?

—Para un asunto absolutamente privado—respondió secamente.

—Es decir, que rehusas divulgarlo.

—En absoluto. Es un asunto que solamente me interesa a mí.

—¿Lo ves?—exclamó Bunny, como quien ha encontrado lo que le interesaba—. ¿Y eres tú el que exige a Metford que divulgara la querrela conyugal?... Pero vamos a ver: ¿cuánto tiempo estuviste con Houseman?

—Ninguno.

—¿Cómo que ninguno? ¿Pues no dices que fuiste a verle?... ¿Cómo se entiende que no estuvieses con él?

—Sencillamente, porque no le vi. En la antesala no había nadie y preferí esperar.

Bunny se llevó las manos a la cabeza como quien ha oído una verdadera blasfemia y exclamó:

—¡Un futuro fiscal del Reino y tiene que hacerse anunciar! ¿Cuánto esperaste allí?

—No lo sé, pero sospecho que unos quince minutos.

—¿Y luego?...

—Luego cambié de idea y resolví no ver a Houseman.

—Muy bien—siguió preguntándole Bunny—. Supongo que el mozo del ascensor debió darse cuenta de tu visita.

—No usé el ascensor ni para subir ni para bajar.

—¿Y en todo ese tiempo no encontraste a nadie?

—A nadie—respondió con firmeza Alan.

Bunny se echó a reír y ante la expresión de nerviosidad de su amigo le dijo:

—De todos los cuentos fantásticos, éste es el mejor que he oído. Y después de esa supuesta visita, ¿adónde fuiste?

Alan quedó unos segundos sin saber qué responder, pero pronto encontró la forma de dar una satisfacción a ella diciéndole:

—Volví al Malecón y estuve contemplando el paso de los barcos.

—¿Ha escuchado usted, general?—exclamó Bunny llamando la atención de aquél—. Eso es lo que se llama una verdadera coartada. ¡Visitando oficinas vacías y embobándose con los barcos, mientras yo estaba con un rorro mal criado en los brazos! Y además no tendrás ningún testigo que justifique que estuviste paseando por el Malecón,

Alan hizo un gesto de impaciencia y le respondió:

—¿Crees que los testigos se llevan en el bolsillo?

—Claro que no—replicó Bunny—, pero tú, sin embargo, quieres que Metford presente un testigo de todos sus actos...

—Sí, ahora caigo — respondió Alan—. Compré un diario. El vendedor podría identificarme.

—¿Qué diario compraste?

Alan quedó unos segundos pensando la respuesta, como quien no da importancia a lo que va a decir, y al fin respondió:

—El «Dayle Record»..., edición de las seis y media.

Bunny se le quedó mirando fijamente y a Alan aquella mirada investigadora le ponía cada vez más nervioso, procurando querer ocultar a los ojos de su amigo todo lo que sufría interiormente. Pero aquél, ajeno al mal rato que le estaba haciendo pasar, le dijo riendo:

—El «Dayle Record» no publica edición de las seis y media... ¿Cómo te explicas que puedas comprarlo?... Ahí tienes una contradicción que dice mucho en contra tuya.

—Tienes razón—replicó Alan—. Estaba confundido. El que compré fue la «Chronicles».

—Bueno — siguió diciéndole a Alan—. Supongamos que damos por

buena la equivocación. Ahora dime: ¿llevaste el periódico a tu casa?

—No — respondió rápidamente Alan—. Debí olvidarlo en alguna parte.

—¿Y qué hiciste después?

—Volví entonces al edificio de Brock.

—¿Qué tenías que hacer tú allí? ¿Con quién hablaste? — preguntó Bunny, ante la complacencia del general Lawrence, que disfrutaba al ver cómo aquellos dos buenos amigos ponían en juego todas sus astucias de abogados.

—No entré, sin embargo. Tomé un taxi para ir al bautizo... No había nadie en la iglesia y me vine a casa caminando.

Aquella contestación parecía que sería suficiente para dejar satisfecho a cualquiera, pero Bunny, que se acordaba de lo que le había dicho Elena y que tenía gran empeño en salvar a aquel inocente que corría el riesgo de ser condenado a muerte, insistió nuevamente en sus suposiciones y otra vez le replicó:

—¿No te parece a ti que eres admirable para ir adonde no hay nadie?

—Sea como fuere—respondió secamente Alan—, lo que te digo es cierto.

Mas Bunny, hombre dispuesto a llevar siempre la broma hasta el fi-

nal y advirtiéndole que le iba ganando el camino a su amigo, le cogió la mano que todavía llevaba vendada Alan y le dijo:

—¿No has dicho que la herida de la mano te la hiciste en un taxi?

—Y es cierto—volvió a afirmar Alan.

—¿Y no podría ser que esa herida te la hubieras hecho luchando con la víctima?

Alan, ante la nueva pregunta de Bunny, se sintió ya molesto, estaba deseando que terminase aquella burda escena, que exclamó ofendido:

—No tienes derecho a dudar de mis palabras.

Sin embargo, y a pesar de querer demostrar su ofensa, Bunny siguió diciéndole en tono de broma:

—Como amigo tuyo estoy dispuesto a creer todo lo que digas; pero si yo fuera el general, te haría arrestar inmediatamente... ¿No lo crees así?

Alan se encogió de hombros en un movimiento despectivo, y Bunny siguió su broma diciéndole:

—Toda la tarde has estado nervioso, pálido, fuera de ti... Eloisa dice que te vió en la calle Mallet, a eso de las cinco.

—Fué una equivocación suya—se apresuró a responder Alan.

—Supón-te que el crimen se hu-
biese cometido en esa calle y a esa
hora... ¿Qué dirías?

—Pues que yo no tengo nada que
ver con ello—respondió Alan.

En aquel momento entró un cria-
do y llamó al general diciéndole:

—Un inspector de policía desea
verle.

—¡Ya tenemos aquí la noticia
del crimen! —exclamó bromeando
el general, mientras salía a la ha-
bitación contigua, en la que le es-
peraba el inspector.

UN CRIMEN Y UNA ACUSACION

DESDE la llegada del inspector, la nerviosidad de Alan fué más expresiva. Se advertía en él una inquietud que verdaderamente era inexplicable y que Bunny achacaba a la preocupación que le causaba el asunto Metford. Alan aprovechó la ausencia del general para llenarse nuevamente el vaso y beber con verdadera fruición, igual que el hombre que está sediento y que por fin consigue mitigar su sed. Los dos amigos guardaron un silencio que era verdaderamente molesto, mientras que el general saludaba al inspector, al que le preguntó:

—¿Qué hay de particular?...
¿Ocurre algo?

—Sí, señor — respondió el inspector—. Se ha cometido un crimen esta tarde... en el número 9 de la calle Mallet.

—¿En la calle Mallet?—preguntó el general con cierto sobresalto y sin saber por qué.

—Sí, señor — siguió explicándole el inspector—. Una tal Diana Rogers ha sido asesinada en su casa... He venido yo mismo a darle el parte porque ocurre algo muy extraño.

—¿Qué es ello?—preguntó el general, cada vez más nervioso.

—Pues que en la alcoba de la cocina encontré este memorándum.

El general recogió el memorándum y leyó su inscripción, que de-

cía: «A. D. Oficinas de la calle Strand».

—¿Y qué tiene eso de particular?—preguntó el general, quien al mismo tiempo temía que su subordinado le dijese lo que él estaba sospechando.

—Pues que el único «A. D.» que hay en esas oficinas es... su amigo sir Alan Dearden.

El general quedó unos segundos pensativo. El no podía creer que su amigo estuviera comprometido en un lío de tal naturaleza y después de pensarlo varias veces le preguntó al inspector:

—No es posible que sir Alan esté metido en esto... ¿Verdad?

—Así lo creo yo también—respondió el inspector—. Pero si lo estuviese, tendríamos que entendernos con un hombre muy hábil e inteligente... ¿Qué cree usted que debemos hacer?

El general, al pronto, no sabía qué determinación tomar. Detener a Alan por unas simples sospechas, porque coincidieran las iniciales de su nombre con las del memorándum encontrado, le parecía precipitarse demasiado, y por otra parte pensaba que tal vez Alan, en sus años mozos, pudo tener alguna historia amorosa y que éste fuese el triste epílogo que le había puesto. Pero ya

fuera cierto o no, la cuestión era una y ésta venía a ser la de que todos los datos coincidían en acusar a sir Alan como culpable de aquella muerte.

Sin decirle nada al inspector, que esperaba sus órdenes, mentalmente fue recordando toda la actitud de Alan aquella noche y las contradicciones en que había incurrido durante la conversación con Bunny y esto le ponía sobre la duda de que lo que allí se había estado tratando en broma resultase cierto... Hasta la herida de la mano venía casi a corroborar lo que en aquellos instantes le atormentaba su imaginación.

El inspector, en vista de que el general no le daba ninguna orden, se atrevió a preguntarle:

—¿Qué hacemos, señor?

—Hay un detalle que podría ponernos sobre la pista del verdadero asesino.

—¿No sospecha usted de sir Alan?—preguntó el inspector.

—Ni sospecho ni niego—respondió el general—. El dico que esta tarde recibió una carta muy importante. Hay que ir a su despacho y buscar esa carta, esté donde esté; ella será la que nos dé la clave de todo.

Durante el tiempo que el general y el inspector estuvieron hablan-

do, llegó Elena adonde estaba su marido y le dijo:

—Estoy cansada, Alan... Me voy a la cama... Quisiera que planeáramos el fin de nuestras vacaciones.

—No hay motivos para hacer planes... desde ahora — respondió Alan.

Bunny, que advertía el dolor que experimentaba Elena, se acercó a ella y le dijo cariñosamente:

—¡Hasta mañana, Elena! — la despidió Bunny—. No te preocupes.

Alan se quedó mirando extrañado a su amigo y al fin, sin poderse contener, le preguntó:

—¿Por qué habría ella de preocuparse?

—Es un decir — respondió Bunny, dándose cuenta de que había estado a punto de descubrir a Elena—. Le he dicho eso como podría haberle dicho: Feliz noche, o: Que sueñes con los angelitos.

Alan no respondió. Tenía necesidad de quedarse solo y pensar en la situación en que se hallaba. Aquella noche tenía precisión de pensar con detenimiento todos los acontecimientos del día, y al ver que Bunny no hacía intención de marcharse le preguntó, casi violentamente:

—Pero ¿no te vas a marchar nunca?

—No—respondió Bunny, con esa confianza propia del hombre que sabe que no falta a la etiqueta—. Estoy esperando al general para que me lleve en su coche.

Volvieron a callar, sin decirse palabra, y aquellos momentos fueron los que tardaron en despedirse el inspector y el general, que le dijo a su subordinado:

—Casi todas las cartas van a parar al cesto... Que vayan a buscarla inmediatamente a su despacho.

—¿Irá usted a ver el cadáver esta noche?—preguntó el inspector antes de retirarse.

—Iré más tarde... ¿Han dejado todo tal y como estaba?... El puñal, el periódico...

—He dado orden de que no se toque nada hasta que usted lo ordene.

—Pues haga primero lo que le he dicho y llámeme por teléfono aquí, dentro de una hora.

—Está bien, general — terminó diciendo el inspector.

En cuanto salió éste, el general entró de nuevo donde estaban los dos amigos; y acordándose de la «amable invitación» que le había hecho su amigo para que se marchase, le dijo Bunny:

—General, nuestro amable afición desea librarse de nosotros.

El general, sin responder a la indicación de Bunny, exclamó:

—El inspector va a telefonar aquí dentro de una hora... ¿Le molesta que le aguarde?

—Por supuesto que no, general —le respondió Alan.

—¿De qué se trata, general? —le preguntó Bunny interesado.

—Usted me permitirá que no diga...

Y al ver que Alan utilizaba la mano izquierda para servirse un nuevo vaso de bebida, le dijo:

—Debe ser muy incómodo no poder usar la mano derecha... Déjeme echarle un vistazo.

Y antes de que Alan pudiera oponerse le cogió la mano y le quitó la venda, dejando al descubierto una herida que no era precisamente la que podía hacer un clavo.

—¡Oh! —exclamó el general—. ¿Cómo se hizo esto?... ¿Con un cuchillo?

—No —contestó rotundamente Alan—. Fue con un clavo del taxi.

—Pues parece la cortadura de un cuchillo... ¿Llevaba guantes cuando recibió esta herida?

—¿Por qué lo pregunta? —inquirió Alan, mientras que Bunny seguía con interés todas aquellas averiguaciones, sin poder pensar siquiera el verdadero sentido que encerraban.

—Porque el corte termina bruscamente aquí... donde debía quedar la costura del guante... Le advierto que el tinte de algunos guantes es nocivo... Déjeme ver los que llevaba.

Alan encontró pronto la respuesta para disculparse de enseñarlos y exclamó:

—Los tiré. Este estaba roto y para nada me servía el otro.

Bunny, que también había visto la herida, sin malicia alguna y tan solamente por bromear con su amigo le dijo, afectando una gran seriedad:

—Alan, a mí me parece la herida hecha con un cuchillo.

—¿Te quieres callar? —exclamó desesperado Alan—. Por favor, Bunny, basta.

—¿No quieres hablar de eso? —le preguntó, siempre en son de broma, su amigo—. Apostaría a que te hiirió una mujer.

El general sonrió irónicamente ante las suposiciones gratuitas de Bunny y le advirtió:

—No olvide que van a nombrar a Dearden fiscal de la Corona.

—Sí... Por eso mismo no deben salir a la luz del día sus locuras anteriores. ¡Oh! Ya lo comprendo todo —exclamó Bunny—. Lo adivino. Sólo me falta mi bola de cristal para leer el pensamiento y el porvenir.

Y remedando a un fakir, cogió un vaso de agua, y, fijando la mirada en su interior, siguió diciendo:

—¡Oh! Ya veo... ya veo a dos gallardos mozos en Cambridge... Uno se llama Dearden, el otro es terriblemente apuesto y arrogante... ¿Este seré yo?... Sí, soy yo. Estoy aconsejando a mi amigo que no se pierda tanto por las damas...

—No seas más majadero—exclamó Alan, queriendo echar a broma lo que decía su compañero.

—Sigo viendo — continuó Bun-ny—. Corren los años... Mi amigo se ha casado... Una de las olvidadas damiselas logra, con ardides, atraerlo a su casa... El se mantiene invulnerable... Ella toma un cuchillo...

Alan cortó su discurso diciéndole al general:

—¿Ha visto usted qué imaginación tan viva?

—Es que viendo tu herida no habría creído una jota de esa absurda historia que me has contado—volvió a decirle— Especialmente la negativa de haber estado en la calle Mallit.

—¿Qué curioso? — intervino el general—. ¡El crimen de hoy ha ocurrido también en la calle Mallet!

—¿Qué clase de crimen?— preguntó Bun-ny.

—Un asesinato — siguió diciéndoles el general—. Una mujer estrangulada en su casa entre cinco y seis de la tarde.

—¿Y quién es ella?

—Una tal Diana Rogers.

Alan soltó el vaso que tenía en la mano, y el general, al advertir su gesto de sorpresa, le preguntó:

—¿La conocía usted?

—No, claro que no — respondió Alan, que, queriendo aparecer tranquilo, preguntó—: ¿Tienen algún indicio?

Bun-ny, al oír el nombre de la víctima, estuvo a punto de lanzar un grito. Precisamente era la misma de quien le había hablado Elena, y tantas cosas iban coincidiendo que pensó que tal vez lo que él había hecho en broma, pudiera ser perjudicial para su amigo.

El general, sin advertir el cambio de Bun-ny, siguió explicando el caso y diciéndoles:

—Junto a la víctima se encontró un diario de la «Chronicle», edición de las seis y media... Usted habló de haber comprado un ejemplar de esa edición, ¿no? Encontraron también un cuchillo, con el que, al parecer, la víctima quiso defenderse. Había sangre en la hoja del periódico, lo que hace suponer que el ase-

sino debe tener herida la mano derecha.

—¿Y por qué la mano derecha? —preguntó Bunny.

—Porque las marcas en el cuello de la mujer son de la mano derecha.

—¿Y hay impresiones digitales? —preguntó Alan.

—No, no hay impresiones digitales. El asesino debe haber usado guantes.

Bunny, que no sabía qué hacer ni qué decir, pensando en que su amigo se vería metido en aquel lío, se acercó a la ventana y preguntó, con tal de cambiar de conversación:

—La atmósfera está pesada... ¿Quieren que abra la ventana?... Hoy estaba la sala del Tribunal como un horno... Y pensar que la semana que viene estaremos tiritando de frío.

Alan, que no podía contener más la nerviosidad de que estaba poseído, al ver que su amigo pretendía cambiar de conversación, exclamó indignado:

—¡Oh! ¡Ya sé lo que estás pensando!... ¿Crees que soy el asesino?

Bunny no se atrevió a responder. Verdaderamente temía por algo que sospechaba que sería verdaderamente trágico. ¿Por qué no podía haber

instado aquella mujer, lo mismo que lo hizo su marido, o su amante, o lo que fuese, con Elena, que Alan fuese a verla para pedirle dinero?... ¿No podía haber sucedido que ella le amenazase con publicar sus cartas y que Alan, en un momento de desesperación, se hubiera lanzado sobre ella? Pensaba que habrían tenido una discusión y que de esta discusión habría sobrevenido el altercado y de ahí... ¿sabe Dios lo que había pasado?

A la exclamación de Alan, él no se sintió con fuerzas para responder; pero el general, con la serenidad con que siempre trataba todos sus asuntos, le respondió:

—A decir verdad, amigo Alan, esa herida y otras cosas complican la situación.

—Pero indudablemente podrá explicarlas —terció Bunny.

Alan no agradeció la intervención de su amigo. Pensaba que por causa suya había despertado las sospechas del general y esto le tenía en contra de él. Pero sin perder el aplomo con que siempre se había distinguido toda la vida, respondió:

—La herida, sí. No fué hecha con un clavo.

—Usted dijo... —empezó diciendo el general.

—Lo dije para no alarmar a mi

esposa. Uno de esos truhanes del hipódromo me dió una cuchillada.

—¿Y dónde tuvo lugar el ataque?—preguntó el general, en el cual se advertía cada vez mayor interés en el asunto.

—En una callejuela del Malecón.

—¿Qué callejuela?

—No recuerdo cuál. Fué todo tan rápido, que me dejó estupefacto.

—¿Pero no lo presenciò nadie? ¿Qué hizo el individuo después de agredirle?—le preguntó el general.

—No había nadie y el hombre huyó.

—¿Y por qué no ha dado usted parte?

Alan se encogió de hombros, como queriéndole quitar importancia al suceso y respondió:

—No vale la pena hablar más del asunto... Esto es algo absurdo.

—Sí—intervino Bunny—, es como todos los asesinatos.... absurdo.

—Cállate, te lo suplico—exclamó Alan, llevándose las manos a la cabeza—. Lidia día tras día con el caso Matford y verse después acosado a preguntas de dónde estuvo y qué hice... ¿Qué diablos de importancia tiene esto?

Bunny sospechaba que algo extraordinario había ocurrido a su

amigo. Algo que no tenía posibilidad de explicar en aquel instante y pensaba también que estaba sufriendo con el delicado interrogatorio a que lo sometía el general y para terminar aquella escena le dijo a éste:

—Tal vez Alan prefiere que terminemos ahora.

Su amigo le miró extrañado y le preguntó:

—¿Terminar, qué?... He dicho cuanto tenía que decir.

—Pero no nos ha dicho con qué objeto fué a la oficina de Houseman—inquirió el general.

—Ese es un asunto cuya índole me niego a divulgar.

El general sonrió irónicamente, como hombre que ha tomado una resolución y al fin exclamó:

—Está bien... Sin embargo, espero solucionar este asunto bien pronto.

Y como en las palabras del general creyó advertir Alan cierta amenaza, le dijo agriamente, casi desafiándole:

—Si está seguro, ¿por qué no arresta al criminal?

—Todo se andrà—terminó diciéndole, al mismo tiempo que salía del aposento dejando a los dos amigos solos.

Bunny, que ya no podía conte-

nerse por más tiempo, se acercó cariñosamente a su amigo y le dijo:

—Alan, tú sabes que puedes confiar en mí... No me importa lo que hayas hecho... Sólo deseo ayudarte.

—No he hecho nada, te lo repito —insistió Alan.

Pero Bunny, sin desistir en su idea de ayudarlo en lo que pudiera, volvió a decirle:

—Alan, ¿por qué no quieres confiar en mí?... No seas terco... Tienes que salir de aquí. Todos los indicios están en contra tuya y el general no dudaría en detenerte...

Alan se paseó nerviosamente hablando en voz baja, sin que su amigo pudiera entender lo que le decía, hasta que finalmente se paró frente a él y exclamó:

—Sí, estoy lindamente complicado... El periódico... mi mano herida, y hasta Eloisa, que cree haberme visto en la calle Mallot... Todo esto es una verdadera pesadilla. ¡Y todo por culpa de tu estúpida broma de las coartadas!

Bunny bajó la cabeza, comprendiendo que no poca culpa tenía él por haberle gastado aquellas bromas y Alan continuó diciéndole, cada vez más exaltado:

—¡Pero te digo que todo lo he

explicado! Vete a acostar y déjame solo, Bunny.

—Está bien, me voy — exclamó Bunny, tomando su sombrero y disponiéndose a salir—. ¡Pero te aconsejo que discutas esto con alguien! Los médicos no se curan a sí mismos. Buenas noches.

Alan le dejó marcharse sin responderle siquiera. No tenía ánimos para nada más. Su estado de nerviosidad era tan grande que temió subir a sus habitaciones, temeroso de que Elena pudiera preguntarle algo.

Indudablemente aquella salida suya de la tarde le iba a complicar grandemente la vida. ¿Pero qué excusa podía él dar? ¿Acaso todas las pruebas no las había descubierto el general o sus subordinados? La situación en que se encontraba era verdaderamente difícil, y Bunny tenía razón al aconsejarle que consultase el caso con alguien. Pero temía el escándalo y más que nada temía perder el afecto de Elena. ¿Qué diría Elena cuando supiera que él había ido a visitar a una antigua amante? ¿Cómo podría hacerle comprender que le habían preparado una trampa para hacerle víctima de un chantaje? Ella jamás daría crédito a aquella confesión, puesto que le consideraba demasiado listo para dejarse prender tan fácilmente.

Poco a poco cesaron los leves ruidos que hacían los criados y la casa quedó en el más absoluto silencio. Solamente quedaba despierto él y Elena, que desde su habitación vigi-

laba la subida de Alan, extrañándose de su tardanza. Por fin el sueño la venció y quedó dormida, sin saber a qué hora su esposo se retiró a descansar.

EL DESENCANTO DE ELENA

DESDE que Eloisa dijo que había visto a Alan en la calle Mallet, Elena tuvo una dolorosa sospecha. Sin saber por qué, presentía que el nombre de aquella calle tenía que influir en su vida. Y este presentimiento lo confirmó al día siguiente al leer la prensa y saber el crimen que se había cometido en aquella calle y el nombre de la víctima. Recordó que era el mismo que le había dado aquel individuo que se le presentó el día de su casamiento, y tuvo ya la certeza de que su marido no había acudido al bautizo para ir en busca de su amante. Hasta encontró justificado el crimen, puesto que sus celos hallaron la explica-

ción de que tal vez el marido los sorprendió a los dos amantes y mató a ella.

En aquellos momentos en que la duda había entrado en su corazón no se le ocurrió otra cosa que llamar por teléfono a su amigo Bunny, a quien le dijo:

—Oye, Bunny: ¿quieres que demos un paseo a caballo esta mañana?

—Claro que quiero —respondió él—. En seguida voy a buscarte.

—No es necesario —contestó Elena—. Te espero en el hipódromo con los caballos preparados.

—Pues para allá voy —terminó diciéndole Bunny.

Una hora después, los dos ami-

gos se hallaban en el hipódromo sentados bajo uno de los árboles que alegraban aquel paraje, y Bunny, sospechando que algo extraordinario le pasaba a su amiga, comenzó la conversación preguntándole:

—¿Dónde están los caballos?

—No vamos a pasear—respondió Elena.

—¿Pues no dijiste...?—preguntó nuevamente Bunny.

—Fue sólo un pretexto para salir de casa.

El rostro de Elena expresaba tanta melancolía, y sus ojos estaban tan a punto de llorar, que Bunny se sintió conmovido ante aquel sincero dolor y le estrechó las manos amigablemente diciéndole:

—Vamos, mujer, abre ese corazón... ¿Qué es lo que te pasa?

En aquel instante Elena no pudo contener por más tiempo las lágrimas y se llevó el pañuelo a los ojos, más para taparse el rostro que para secarlas. Bunny la dejó que se expansionase unos segundos y una vez más tranquila la joven, le dijo:

—Bunny, no me queda nada en el mundo!

—¿Y por qué?—preguntó él, fingiendo una absoluta ignorancia.—¿Qué es lo que te falta para ser una mujer feliz?... Tienes juventud, belleza, una posición envidiable y un marido que te adora.

Elena movió tristemente la cabeza, negando esta última consideración de su amigo y exclamó:

—Sé todo lo de Alan.

—¿Todo lo de Alan?... ¿Y qué es eso que tú sabes?—preguntó el fiel amigo.

—Lo de aquella mujer que tuvo de soltero.

—Eso lo supiste el día de tu boda, pero también supiste que todo aquello había terminado... Tú misma me lo dijiste.

—Sí, es cierto. Yo lo creí así también, pero estoy segura de que no es verdad. Sigue viéndola. Ha negado que estuvo en la calle Mallet porque allí vive Diana Rogers. Alan estuvo ayer a verla.

—No digas disparates, chiquilla. Alan es incapaz de traicionarte... ¿Has hablado con él?... ¿Le has preguntado algo?

Elena movió la cabeza negativamente y le respondió:

—No... Me asusta la idea de discutir semejante cosa; lo considero como una vileza. Todo cuanto había de decente y noble se ha desvanecido ahora...

—Vamos, vamos—le dijo Bunny, procurando tranquilizarla.—No te precipites... Ya verás cómo las cosas se arreglan satisfactoriamente.

—No hay esperanzas, amigo Bun-

ny—exclamó ella desconsolada—. Esta noche, cuando venga Alan, le diré con qué objeto fui a Dover... Ahora me será más fácil ayudar a Metford.

—No hagas nada todavía... Espera hasta que yo averigüe ciertas cosas...

—No es necesario—insistió ella, con la terquedad propia de la mujer que se siente engañada—. Quise ayudar a los dos, pero veo que Alan no necesita ayuda mía. Puede prescindir de mí...

Bunny, que recordó la escena de la noche anterior y del peligro que corría su amigo, acarició la mano de la joven y le dijo:

—Quizás le seas más indispensable ahora que nunca.

Pero ella no comprendía las palabras de Bunny. Todo su pensamiento estaba en el engaño de que se creía víctima y esta obsesión no la dejaba tiempo para meditar en nada más.

Al mismo tiempo que los dos amigos hablaban de cosas tan importantes, Alan se disponía a salir de su casa para ir a la Audiencia y continuar el interrogatorio de Metford. Al criado que se presentó para servirle el almuerzo le preguntó:

—¿Despertó ya lady Dearden?

—Fue a dar un paseo a caballo, señor—le respondió el criado—.

¿Desea el señor que le dé algún recado cuando vuelva?

—No, gracias—contestó secamente Alan.

Sin probar siquiera el almuerzo que le habían servido se dirigió a la Audiencia y llegó a ella cuando ya todo el mundo le esperaba. Precipitadamente entró en la sala de juicios y encontró al Tribunal reunido. Poco después apareció el acusado, y Alan, sin darse cuenta siquiera de lo que decía, le preguntó:

—Metford, ayer, al terminar la sesión, estaba preguntándole...

Por más que hacía esfuerzos para acordarse, no tenía ni siquiera noción de cómo había terminado la vista anterior y no tuvo más remedio que dirigirse al presidente de la Sala y rogarle:

—Ruego al Tribunal un momento de indulgencia mientras consulto mis notas.

Los que presenciaban la vista quedaron sorprendidos ante esta actitud de Alan. No era cosa corriente que un fiscal que se tuviese por algo llegara a la Sala sin acordarse en qué punto había quedado el juicio el día anterior. Esto era indudablemente un fracaso de Alan y los comentarios que suscitó su actitud no fueron muy lisonjeros para él. Al cabo de algunos segundos y de haber

consultado sus notas volvió a interrogarle diciéndole:

—¿Dice que no recuerda cuándo hizo la última póliza?

—Si me permite pensar un momento creo que lo recordaré—respondió el presunto criminal.

—No tengo inconveniente—respondió Alan—. Quiero darle todo el tiempo que necesite y todos los medios para que pueda probar su inocencia.

Metford hizo un esfuerzo mental y al fin, recordando la fecha que le preguntaba, respondió:

—Si no estoy equivocado, fué el 6 de marzo de 1935.

Siguió el juicio y el interrogatorio de Alan, mientras que el general, en unión de su subordinado, el sargento de policía, inspeccionaban detenidamente todos los recortes de papeles que había en el despacho de Alan y encontraron los pedazos de la carta que Diana le había escrito. Aquello era una prueba más contra Alan y el mismo general exclamó extrañado:

—Parece mentira que un hombre tan hábil no quemara esta carta.

—No hay criminal que no cometa un error—respondió el sargento.

Al mismo tiempo, un empleado judicial se presentaba en el domicilio de Alan y preguntó al criado que salió a abrirle:

—¿Está en casa lady Dearden?

—Acaba de entrar en este momento.

—Tengo necesidad de hablar con ella inmediatamente—dijo de nuevo el empleado.

—Le pasaré recado—contestó el criado, extrañado del modo autoritario que empleaba aquel desconocido.

—Soy un empleado judicial y no tengo tiempo que perder. El asunto es muy urgente—le dijo nuevamente.

Ante aquella orden, el criado no dudó ya en obedecer y le hizo pasar adonde se hallaba Elena, a quien le entregó una citación del Juzgado. Aquella leyó la orden y una vez que se enteró de su contenido, preguntó:

—¿Es una citación judicial?

—Sí, señora... Debe comparecer en seguida. Yo mismo la acompañaré.

Elena salió seguida del empleado y en la puerta subió al mismo coche que lo había traído, dirigiéndose adonde se estaba celebrando el juicio contra Metford.

Alan seguía en su interrogatorio y al fin terminó éste diciéndolo al Tribunal:

—Quedo satisfecho por mi parte. El presidente de la Sala le conce-

dió la palabra al defensor, quien le preguntó:

—Milord... ¿Puedo presentar otro testigo?

—Tiene usted derecho a ello.

—Que hagan pasar al testigo que he mandado llamar—ordenó el defensor a uno de los bedeles.

Segundos después aparecía en la puerta Elena, y Alan quedó como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Quiso oponerse a que su esposa fuese interrogada y exclamó:

—Lady Dearden nada tiene que ver en este asunto.

—Difiero de la opinión de mi estimado colega—respondió el defensor—. Yo creo que lady Dearden tiene mucho que hacer en este asunto.

—Es que Lady Dearden es mi esposa—exclamó Alan.

El defensor movió la cabeza negativamente y le respondió:

—Lady Dearden no es ahora más que un testigo.

El presidente de la Sala estuvo conforme con el criterio del defensor y después de tomarle juramento a Elena, el defensor comenzó preguntándole:

—¿Sabe usted por qué se la ha traído a declarar?

—Creo que sí—respondió ella.

—Me alegro de que así lo reconozca—le dijo el defensor—. ¿Ver-

dad que estuvo usted en Dover el día 14 de mayo?

—Sí, señor—respondió Elena, ante la extrañeza de su marido.

—¿No es cierto también que fué usted ese día a visitar un punto llamado «Bellavistas»?

—Es cierto—contestó Elena.

—¿Y podría usted decirnos a qué hora llegó usted a «Bellavistas»?

—A la una y media en punto—respondió sin titubear Elena.

—¿Cuánto tiempo permaneció allí?—le volvió a preguntar el abogado defensor.

—Cinco minutos escasamente.

—¿Y para qué subió usted a «Bellavistas»? No sería para gozar del panorama, puesto que sólo estuvo usted cinco minutos.

Alan interrumpió al defensor diciéndole:

—Rechazo la insinuación de la defensa sobre que la visita de mi esposa tuviera algo de extraño... Millares de turistas visitan ese sitio anualmente.

—Metford y su esposa eran dos de esos turistas, Milord—le respondió la defensa—. La acusación se basó en que Metford hubiera ido allí sólo por el placer de contemplar el panorama y su visita a «Bellavistas» fué calificada de expedición sinistral.

Alan se vió cogido en sus mismas

redes, pero pronto tuvo una salida airosa, protestando:

—Me refería solamente a su in-
tinuación respecto a lady Dearden.

Pero el defensor, sin hacer caso de la protesta de Alan, se dirigió al presidente, exclamando enérgica-
mente:

—Ahora no insinúo, milord, afir-
mo que la visita de lady Dearden
fué muy extraña. No eran, por con-
siguiente, dos las personas que ha-
bía en el lugar de la tragedia. Eran
tres... Los Metford y lady Dear-
den... O sea la dama misteriosa...

Todos los presentes no quitaban
la vista de Elena, presintiendo que
ella sería la única persona que po-
dría aclarar el misterio que parecía
rodear la muerte de lady Metford.
La defensa, segura del éxito que iba
obteniendo, siguió preguntándole:

—¿Por qué lady Dearden no se
presentó antes, como era su deber?

Alan quiso evitar toda sospecha.
Por otra parte quería saber a qué
fué debida la visita de su esposa a
aquel lugar y exclamó:

—Estoy seguro de que lady
Dearden sabrá justificar su tardan-
za en comparecer y por lo mismo
retiro mi protesta.

—¿Con qué objeto fué a Dower?

—le preguntó el abogado defensor.
—Tenía una cita — respondió
ella.

—¿Con quién?

Elena se volvió hacia el Tribunal
y preguntó:

—¿Tengo que responder a esta
pregunta?

—Las que se le han hecho son
completamente correctas, milady, y
debe contestar a ellas—respondió el
presidente.

—No puedo, sin embargo, decir
nada de ello—contestó con firmeza
Elena, pensando en el descrédito
que sería para su marido el que ella
confesase la verdad.

El abogado, en vista de ello, ex-
clamó:

—La testigo se muestra contraria
a declarar, milord. Pido que se me
permita interrogarla como testigo
hostil.

Y una vez que obtuvo la autori-
zación, siguió diciendo:

—El día 14 de mayo, a eso de
las doce, entró usted, lady Dear-
den, en el Banco de Dower. Cambió
dos billetes de mil libras y guardó
el dinero en un maletín. Ese maletín
fué hallado junto al cadáver de Ana
Metford. El maletín estaba vacío,
pero lo identificó el empleado del
Banco... No todos los días se ve a
una persona en ese Banco cambiar
billetes de mil libras. Por eso aquel
empleado anotó el número del co-
che en que usted iba... ¿Es cierto

que usted cambió esos dos billetes, lady Daarden?

—Es cierto—respondió Elena.

—Y después de recibir el dinero, ¿adónde fue?

—Hacia el acantilado de Dower—respondió Elena.

—¿Y qué hizo después?

—Empecé a subir el sendero que conduce a «Bellavista».

—¿Y llevaba usted el dinero consigo?... ¿Qué hizo de él?

—Lo arrojé por el despeñadero.

—¿Que lo arrojó usted por el despeñadero?—preguntó el abogado—. No creo que se dedique usted, por simple deporte, a arrojar dos mil libras. ¿Por qué lo hizo?

Elena sentía que las fuerzas le faltaban, pero ante la insistente pregunta del abogado no tuvo más remedio que responder:

—Allí... había... un hombre esperando... Yo le pagué esa cantidad.

—¿Que le pagó usted esa cantidad?... ¿Y por qué servicio?

Elena no tenía más remedio que confesar toda la verdad y puesta en este plano, respondió:

—Le pagué por unas cartas que mi esposo escribió a su mujer cuando era soltero.

—¿Supo esa transacción su esposo?

—No, señor. Habría provocado

un escándalo... y yo la amaba demasiado para sacrificar su carrera.

—Comprendo la parte sentimental y me abstengo de hacerle ninguna pregunta en este sentido. Pero usted nos podrá decir si se cruzó con alguien al subir al acantilado.

—Oí una voz de mujer. Hablaba con un hombre. Yo me oculté tras una roca y ella pasó sola. Este sendero es el que conduce a la base del risco llamado «Bellavista».

—¿Pasó la mujer frente a usted en este sitio?

—Sí, señor.

—¿Vió usted a otra persona?

—Sí; vi a un hombre cuando yo doblaba el sendero. Estaba subiendo al terraplén.

El abogado defensor sonreía satisfecho del triunfo que estaba obteniendo y de cuando en cuando miraba a Alan, que comprendía que su fracaso era inminente. La defensa siguió preguntando a Elena:

—¿Oyó usted que el hombre hiciera alguna advertencia a la mujer?

—Sí; le advirtió que no se acercara demasiado al borde del precipicio.

—¿Los había visto usted antes de prevenir a su mujer?... ¿Iban riendo?

—Todo lo contrario—respondió Elena—. Parecían muy felices.

—¿Usted cree que el hombre parecía inquieto por su mujer?

—Creo que sí—contestó Elena.

—¿La vió él a usted cuando regresaba?

—No supe que me había visto hasta que leí los periódicos.

—¿Y usted está cierta de que no la vió cuando advertía el riesgo a su mujer?

—Estoy segura de ello—respondió Elena.

—¿Reconocería a ese individuo?

—Creo que sí.

El abogado defensor hizo que entrara nuevamente Metford y le preguntó:

—¿Es éste el hombre que usted vió?

—Este es... Estoy segura de ello—contestó Elena.

El abogado defensor, seguro ya de su éxito, se dirigió al presidente diciéndole:

—La defensa se da por satisfecha.

Alan intervino nuevamente y le dijo al presidente:

—Milord, desearía explicar la actitud de lady Dearden en este caso. Mi esposa ha sostenido continuamente la inocencia del acusado y estoy seguro que jamás habría ella permitido que la justicia se extravíara... Por consiguiente creo que el juicio toma un cariz distinto...

—De acuerdo—respondió el presidente, quien dirigiéndose a Elena le preguntó: Usted ha declarado que pagó a un individuo dos mil libras a cambio de ciertas cartas escritas por su esposo. Legalmente ese hombre es culpable de extorsión y el Tribunal exige que revele usted su nombre.

—No puedo, porque no me acuerdo—respondió Elena.

—Está bien—volvió a decir el presidente—. Las cartas fueron dirigidas a la mujer de ese individuo; por consiguiente podemos presumir que ella era su cómplice. ¿Recuerda usted su nombre?

—Sí—respondió Elena—. Se llama Diana Rogers.

El general y el sargento, que presenciaban la vista, no quitaban sus miradas de Alan, quien en aquellos instantes se sentía vigilado por ellos. Y al decir el nombre de Diana Rogers, el general preguntó a su subordinado:

—¿No es ése el nombre de la mujer que asesinaron ayer?... Pues ahí tiene usted el motivo...

Se levantó y se dirigió hacia la sala, al mismo tiempo que Alan, que le había visto, pedía al presidente:

—Milord, con anuencia del Tribunal pido que suspenda la sesión.

—¿Por cuánto tiempo?—le preguntó.

Alan, quitándose la toga y viendo cerca de él al general, respondió:

—Quizás el general Lawrence pueda contestar.

Todos se volvieron hacia el general, que, denotando en su acento el pesar que le causaba lo que se veía obligado a hacer, exclamó:

—Milford, me veo en el penoso deber de arrestar a sir Alan Dearden por el asesinato de Diana Rogers...

—General—exclamó el presidente—, ¿esto es absurdo?

—Tengo pruebas suficientes para ello, milford—respondió el general.

Ante la afirmación del general Lawrence, el presidente no tuvo más remedio que acceder, y Alan preguntó, antes de dejarse arrestar:

—¿Puedo hablar con mi esposa?

—No hay inconveniente—respondió el general, acompañándole hasta donde estaba Elena, que se arrojó a sus brazos diciéndole:

—No es posible, Alan; tú no has podido hacer eso.

—No se aflija—le dijo el general—. Estoy seguro de que Alan podrá explicar muchas cosas y justificarse.

Sin embargo, Alan movió la cabeza negativamente y respondió:

—General... Yo maté a Diana

Roggers... No sabía nada de ella hace años... Hasta que recibí esa carta... Resolví consultar con mi abogado... pero cambié de opinión. Temía el escándalo... y decidí hablar con ella.

Guardó silencio unos segundos, como queriendo hacer memoria de todo y siguió diciéndole:

—Al llegar a su piso oí que alguien venía por el corredor. No queriendo ser visto hice girar el botón. Cedió la puerta. El aposento estaba a media luz... miss Rogers se abalanzó sobre mí... Estaba embriagada y tenía un cuchillo en la mano... «¿Con que has vuelto?», gritó blandiendo el arma. Levanté ésta para herirme y yo alcé la mano para esquivar el golpe y me herí... Ella seguía en su deseo de hundirme el arma. Era evidente que me tomaba por algún otro, e instintivamente la sujeté por la garganta... Procuré herirme repetidas veces y yo aumenté la presión... De pronto se le aflojó el cuerpo y cayó desplomada. Cuando intentó levantarla, tenía los ojos muy abiertos... sin vida... Me fui a casa sin tardar... Ya sé que debía haberme presentado a la policía, pero tuve miedo al escándalo... más por Elena que por mí.

—¿Y cree usted que Diana Rogers le confundió con otro?—preguntó el general.

—Estoy seguro. Probablemente habla reñido con él antes de mi llegada.

El general Lawrence quedó unos momentos en silencio. Comprendía la difícil situación de su amigo; pero como por encima de esta amistad estaba su deber, le dijo francamente:

—Su alegato de defensa propia depende enteramente de ese hombre... Si no se presenta a declarar, temo que su versión quede en el aire.

—Estoy seguro de que se presentará—exclamó Alan—. Debe haber sido el marido.

—Voy a dar orden para que le busquen—dijo el general.

Y volviéndose hacia el sargento le ordenó:

—Que busquen al marido de Diana Rogers y obtengan una fotografía suya para que lady Dearden la identifique... Yo, por mi parte, lo siento mucho, pero hay que iniciar la acusación fiscal.

—Estoy a sus órdenes, mi general—respondió Alan—. Cumpla usted con su deber... No le reprocharé nada de cuanto haga en este sentido.

Se despidió de su esposa y, acompañado del general, salió de la Audiencia para su detención.

ASTUCIA FEMENINA

DIFÍCILMENTE podía olvidársele a Elena el nombre y el parecido del chantagista causante, en primer lugar, de toda su desventura. Pero mujer al fin, y sobre todo enamorada de su marido, pensó que tenía que hacer algo para salvarlo. Estaba convencida de que Alan no había sido el asesino, y puesta de acuerdo con Bunny idearon un plan para poder descubrir cuál era el verdadero asesino de Diana Rogers.

Aquella noche ella misma llamó a Bunny por teléfono diciéndole:

—Bunny, ¿tienes que salir esta noche?

—Ya sabes que lo hago siempre

—respondió él—. Yo no podría ser caracol. A mí la casa propia no me gusta.

—¿Y la ajena?—le preguntó ella, comprendiendo que su amigo no perdía el buen humor en ninguna ocasión.

—En la ajena estoy encantado.

—Entonces, te invito a que vengas a la mía—le dijo.

—Tienes preparada alguna fiesta... Ya sabes que las fiestas son mi debilidad.

—No se trata de fiesta, Bunny—le dijo Elena—. Quiero que vengas para que hablemos sobre lo de esta tarde... Eres tú el único amigo de quien me fio,

—Sí; eso dicen las esposas de to-

dos mis amigos... Pero ya verás el día que me sienta Don Juan cómo van a cambiar de parecer.

—Bueno, pues mientras no te lo sientas ven a verme.

—Dentro de cinco minutos estaré en tu casa, Elena—terminó diciéndole Bunny.

Colgó el aparato y llamó a su criado diciéndole:

—Esta noche no cenaré en casa.

Al criado no le extrañó aquella orden. Tal vez le habría extrañado más que le dijese lo contrario, y hasta puede ser que hubiera sospechado que su señor estaba enfermo para quedarse en casa. Por lo mismo, se limitó a preguntarle:

—¿Si llaman al señor?...

—Si llaman por mí, di que he salido,...

—¿Adónde?

Bunny se le quedó mirando fijamente y al fin respondió:

—¿Tú crees que debo decir dónde voy?

—Como el señor guste.

—Pues el gusto del señor es que no se sepa dónde voy. Si preguntan, con decir que he salido, estamos al cabo de la calle.

—Bien, señor.

—Tráeme el gabán y avisa al coche.

El criado salió a cumplir la orden,

pero Bunny recapacitó que si iba en su propio coche, el chofer sabría adónde estaba. Lo mejor sería tomar un taxi en cualquier parada, o bien ir a pie hasta la casa de Elena. Pensándolo así, cuando volvió el criado le preguntó:

—¿Has avisado el coche?

—Lo voy a hacer en seguida, señor.

—No, no lo hagas. Pienso dar un paseo... ¿Verdad que la noche está espléndida?

El criado apartó uno de los visillos del balcón y miró hacia la calle. El asfalto brillaba como si le hubieran dado betún y una lluvia menuda y pertinaz hacía que los transeúntes, pocos por cierto, que transitaban por allí fueran corriendo, huyendo de la llovizna y del frío que hacía. Al ver aquel aspecto del exterior, el criado se volvió y le dijo:

—Creo que hace mal al señor en salir a pie.

Bunny le miró interrogativamente y el criado siguió diciéndole:

—La noche está muy mala. Lluve y debe hacer un frío intenso.

—Eso es precisamente lo que yo necesito, que haga frío — replicó Bunny—. Nada, nada, me decido a ir a pie.

El criado no se atrevió a insistir. Después de todo estaba convencido

de que su señor haría lo que mejor le viniese en gana y se contentó con ir a buscarle un paraguas. Bunny, que no había pensado en aquella prenda tan molesta, se le quedó mirando y le dijo:

—Para que me traes este chisme.

—Como el señor dice que quiere ir a pie.

—¡Ah, sí; está bien!... Me lo llevaré por si acaso... Por lo menos me servirá como arma defensiva.

Y poco después recibía en pleno rostro el frío de aquella noche londinense que cortaba la piel. No comprendía cómo hubiera ser humano que saliese en una noche como aquella y hasta se arrepintió de la promesa que le había hecho a Elena. Mas como él era un hombre galante y amigo sobre todo de sus amigos, se dirigió hacia una de las esquinas que había cerca de su casa y allí encontró un taxi.

El chófer, medio dormido, en el pescante, y con el cuello del capote subido hasta las orejas, gruñó débilmente al oírse llamar, y preguntó el punto adónde tenían que ir.

Bunny dio la dirección de la casa de Elena y el chófer le respondió:

—Ah, usted quiere ir a casa del señor fiscal?

—Yo quiero ir a la dirección que le he dado y nada más—respondió secamente Bunny.

Minutos después entraba en casa de Elena, y ésta al anunciarle su llegada salió ella misma a recibirlo diciéndole:

—No sabes cuánto te agradezco que hayas venido.

—Desde luego, mucho tiene que ser tu agradecimiento, porque hay que ver la nochecita que hace.

—Perdóname, Bunny, pero no tenía más remedio que llamarte.

—Sí, ya me hago cargo—respondió él—. Pero es que lo podías haber dejado para mañana.

—No podía—respondió ella, casi llorando—. Me encontraba tan sola. Tenía tanta necesidad de hablar con alguien.

—¿Y no tienes aquí al mayordomo?... Creo que es un antiguo criado... Además, la cocinera te podía haber dicho cómo se hace una tarta de ciruelas... Creo que es muy difícil, ¿verdad?

—Déjate de bromas, Bunny—exclamó Elena—. Tenemos muchas cosas de que hablar. Me pensaba algo que quiero que tú me aconsejes.

—¡Ya sé lo que es!—exclamó Bunny.

Ella se le quedó mirando, sin comprender cómo podía haber adivinado su pensamiento, y Bunny siguió diciéndole:

—Lo que has pensado es invitar-

me a comer... Te advierto que no he cenado y tengo un hambre atroz.

Elena llamó a un criado y dió orden de que sirvieran la cena. Mientras tanto, se quedaron en aquel saloncito que hacía más confortable la intimidad, y Bunny le cogió una mano a Elena diciéndole en tono de broma:

—Bueno, ¿quieres que comencemos la escena de amor?

Elena se echó a reír. Ni ella, ni ninguna de sus amigas podían tomar nunca en serio las cosas de Bunny. Indiscutiblemente que si éste hubiera pensado alguna vez en casarse habría tenido que buscar a alguien que se declarase a la mujer que él hubiera pretendido, porque ésta, ni aun jurándoselo, le habría creído ni una sola palabra de amor. Para todas, las palabras galantes de Bunny no eran más que eso, «cosas de Bunny». Muchas veces se desesperaba éste ante aquella actitud, pero terminó conformándose con ello y convirtiéndose en el confidente espiritual de todas las amigas que se casaban.

—Pues tú dirás para qué me has llamado—le preguntó Bunny.

—He pensado buscar al chantagista que me sacó aquel dinero—le dijo Elena.

—¿Quieres que te saque más?—preguntó él.

—No se trata de eso. Se trata de que tengo un plan, y para realizarlo necesito de la ayuda de ese hombre.

—No te comprendo, hasta ahora, querida—le dijo Bunny.

—Pues es muy fácil. Yo tengo casi la seguridad de que el que mató a la antigua amiga de Alan, o sea Diana Rogers, es él.

—Esa misma impresión tiene el general... Ya comprenderás que el pobre hombre ha pasado el peor rato de su vida.

—Desde luego... Tenía que cumplir con su obligación y lo ha hecho así... Ahora lo interesante es que ese hombre aparezca.

Bunny se rascó la cabeza pensativo y le respondió:

—Creo que no es tan fácil como te lo piensas... Ese hombre debe estar prevenido y será muy difícil hacerle ir a una cita... aun cuando la cita la dé una mujer como tú...

—No lo creas—exclamó Elena—. Tengo la seguridad de que se trata de un hombre que estima sobre todo el dinero, y éste será el que le perderá...

Bunny no tenía la misma seguridad que Elena, pero la joven tan segura estaba de que tendría éxito lo que pensaba que empezó a exponerle su plan, cuando entró el cria-

do a anunciarles que la cena estaba servida.

Los dos amigos entraron en el comedor, y mientras cenaban Elena fué exponiéndole con todos detalles el plan que había imaginado.

Mientras tanto, el general Lawrence recopilaba todos los datos acerca del que parecía figurar como marido de Diana, y cuando ya los tuvo en su poder llamó a Bunny y le presentó la fotografía de Lewis diciéndole:

—Hemos identificado el marido de Diana Rogers. Se llama Lewis y fué arrestado por fraude hace seis años. ¿Es éste?

Bunny miró detenidamente la fotografía que le presentaba el general y terminó diciéndole:

—No, no es éste. Elena dice que el otro es de corta estatura, expresión estúpida, bigote desteñido y calvicie incipiente.

El general no dudó de la veracidad de aquellos datos y guardó la fotografía exclamando:

—Entonces, al parecer, el chantagista no fué el marido de la Rogers. Debe haber sido alguien que se hizo pasar por él.

Y dirigiéndose a uno de sus empleados le dijo:

—Entonces no hay por qué buscar a este individuo.

Y al día siguiente de esta declaración de Bunny, toda la prensa publicaba el siguiente comentario, refiriéndose al asunto de la muerte de Diana Rogers:

«La defensa busca al hombre fantasma, lady Dearden declara que el marido de Diana Rogers no es el chantagista...»

Pero mientras esto publicaba la prensa, Elena se dedicaba a averiguar el paradero de Lewis, hasta que finalmente obtuvo una cita de él. Le esperaba ella en su coche una mañana, cuando de pronto entró Lewis con la misma rapidez que el día en que le exigió las dos mil libras. En cuanto estuvo al lado de ella le dijo insinuante:

—No creo que necesitemos el chófer, ¿verdad?

Elena dió orden para que se marchase y en cuanto quedaron solos, Lewis le dijo cínicamente:

—Fué muy amable de no identificarme.

—Sin embargo, yo sabía que era usted el hombre que buscaban —respondió tranquilamente.

—Pero me ha salvado usted de la policía.

—¿Y sabe usted por qué? Para que no tenga reparo en declarar en favor de mi esposo—le dijo Elena.

—¿Y qué es lo que quiere usted que declare?—le preguntó, algo extrañado, Lewis.

Elena, sin darle importancia al asunto y como quien se cree segura de obtener lo que va a pedir, siguió diciéndole:

—Usted va a declarar que fué el que riñó con su esposa... Además que es verdad, ¿no es cierto?

—Sí... Era una arpia — exclamó Lewis.

—Esa declaración suya será muy importante para defender a mi marido.

Lewis quedó unos segundos pensando lo que iba a responder, hasta que finalmente le dijo sonriendo cínicamente:

—Le advierto que me propongo viajar tan pronto como quede en libertad sir Alan, pero los viajes... ¡cuestan tanto!... Tengo vista una granja en Canadá que vale diez mil libras.

Elena comprendió que el chantagista, por su afán de dinero, había caído en la trampa que le preparaba y le respondió, para darle mayor seguridad todavía:

—Es una suma bastante crecida y necesito unos días para reuniría... Pero puede tener confianza en mí, que la tendrá.

—Confío — respondió Lewis —

porque usted necesita mi testimonio más que yo su dinero.

Dos días después debía celebrarse la causa contra Alan, y el anterior, Lewis recordó a Elena su promesa. Esta, aparentando una gran inquietud, le respondió:

—Ya le dije que era algo difícil obtener esa cantidad en veinticuatro horas, pero tengo un pariente que no dudará en prestármela... Mañana, después de su declaración, le entregaré el dinero.

—Le advierto — respondió Lewis — que si después de haber declarado no me lo entrega, diré que lo hice por coacción y su esposo volverá a ser detenido.

Ella le miró despectivamente, y en aquella mirada Lewis comprendió que antes de faltar a su palabra sería capaz de vender sus joyas, por lo que quedó tranquilo respecto al cobro de la cantidad estipulada.

Al otro día la sala estaba abarrotada de gente. El nombre de Alan había llevado a la vista un gran gentío, y Bunny, que actuaba por primera vez en su vida, interrogaba a Lewis diciéndole:

—¿Conoce al que se hizo pasar por usted para amedrentar a lady Dearden y exigirle el pago de aquellas dos mil libras?

—Puede haber sido cualquiera

de los amantes de mi mujer—respondió tranquilamente.

—¿Puede indicarnos qué sucedió el día de autos y si usted habló con su esposa?

—Aquel día fui a visitarla a las cuatro y media. La encontré bebiendo y de mal humor. Me echó de la casa y al salir yo me gritó: «¡Si vuelves por acá, te voy a matar!»

Bunny se volvió a los señores que formaban el jurado y les dijo:

—Creo que con esto el Jurado no dudará el veredicto. Sir Alan mató en defensa propia... Se vió amenazado de muerte, a punto de morir a manos de aquella mujer y el instinto de vida pudo más que él. Quiso salvarse y mató a la que quería matarlo.

Lewis, creyendo cumplida su misión, fué a salir de la sala en el mismo momento que Alan, como quien no se da cuenta de nada, le dió un golpe en la mano. Al ver que la llevaba enguantada le dijo pretendiendo excusarse:

—Debo haberle lastimado... Déjame ver su mano.

Lewis intentó oponerse a ello, pero Alan, más listo que él, le quitó el guante y vió que la llevaba vendada. Entonces, sin dudar más, le dijo amenazador:

—¡Usted mató a Diana Rogers! Lewis se quedó cortado, sin sa-

ber qué responder, pues a pesar de su cinismo, se veía comprometido, y Alan siguió diciéndole:

—¿Será usted capaz de negarlo?

—Claro que sí.

El general Lawrence se acercó a detener a Lewis, al mismo tiempo que le preguntaba a Alan:

—¿Y su declaración?

—Fue una mentira deliberada para atrapar al verdadero asesino. Lady Doarden lo identificará ahora.

Elena, en presencia de todo el Tribunal, declaró también que era el mismo hombre que el día de su boda la había obligado a entregarle las dos mil libras, y el general Lawrence, para asegurarse de todo aquello, dió orden de que le trajeran la fotografía de la herida de la muerta.

La examinó detenidamente y al fin exclamó:

—La sangre, filtrándose por el guante cortado del asesino, dejó una marca vertical en el cuello de la víctima. Esa marca corresponde a la herida de su mano, Lewis... La mano de sir Alan es más corta y horizontal... Esta evidencia le llevará al patíbulo.

Aquella prueba fué suficiente para dejar en libertad a Alan, que corrió en busca de su mujer y de Bunny.

—Nosotros sabíamos que Lewis era el asesino—le dijo ella.

—Pero queríamos obligarle a presentarse—exclamó Bunny.

—¿Cuánto te pidió?—le preguntó Alan a su mujer.

—Diez mil libras.

Alan la estrechó fuertemente en sus brazos, exclamando:

—¡Amor mío, no me imaginaba que mentías tan bien!...

—Te advierto — intervino Bunny—que en el reparto de diplomas

no debo quedar atrás. Yo fui el que inventó al hombreillo estúpido, de bigote desteñido y...

Y como se viera en un espejo, exclamó alarmado:

—¡Santo cielo!... ¡Me estaba describiendo yo mismo!

Pero ya estaba solo, porque los dos esposos, sin pensar más que en su dicha, se habían marchado, pensando recuperar aquella hora en blanco que había estado a punto de destruir la felicidad de los dos.

F I N

!!!EXITO!!!

JARDIN DE PAPEL

Versos de RAFAEL DE LEON

el celebrado autor de

"El viento se lo llevó" "Tatuaje"

"La Lirio" "La Parrala" etc., etc.

10 pesetas

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
2 ptas.

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL
2 ptas.

El bailarín pirata Charles Colling
Melodías de Broadway Robert Taylor
Apuesta de amor Gene Raymond
Vuelo de Arsenio Lupin Warren William
Hector Fierabracc Gino Cervi
El mundo a tus pies Lily Pons
Sepultado en vida A. Nazari
Defensor del crimen Richard Dix
Aventura Pompadour Kate de Nagl
Melodía rota Willy Siegel
Titanes del mar Victor McLaglen
Cupido sin máscara Ann Sothern
María, Reina Paula Wessely
Posada jamaca Charles Laughton
El caso Vero Clive Brook
Quimera de Hollywood Juan Fontaine
Los tres vagabundos Heinz Rühman

SERIE ALFA 2'50 ptas.

Sabó, Toomay de los
elefantes Sabó
Ya cambiáis de vida M. Redgrave
Las dos niñas de París C. Bangoon
¿Es mi hijo? Lil Dagover
La última aventura Cary Grant
Votación Juan Harvey
Margarita Gautier Mickey Rooney
Martel sugestión Grete Garbo y
Robert Taylor
Una chica insuperable Amy Harding
Bajo manto de la noche Danielle Darrieux
Atarata en el espacio Edmund Lowe
Crimen de medianoche M. Reedgrave
El signo de la Cruz Ramon Frencha
El asesino invisible Jacques Favali
Los dos pilotes Lucille Howard
Pyramion K. Hapburn
María Estuardo Michael Redgrave
Cuidado con la a. lucas Paul Lukas
Por la dama y el honor Carlos Gardel
El día que me quieras Elsa Landi
El poquiano ford Walter Abel
Trazas de las flores Fred. Bartholoma
Alborge nocturno Buster Crabbe
El misterio de Villa Rosa Greta Gyrin
Aventura Judy Kelly
Faja de hombres Dolores del Río
La profeta millonaria Gene Raymond
Los peligros de la gloria James Cagney
La bella rebelde Ann Sothern
Buscando fama Don Ameche
Una mujer imposible Jimmy Lugo
El hombre del misterio Victor Francen
Estrellas en luna de miel Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tonnin Clark Gable
Fruta dorada Mickey Rooney

La última falla Miguel Ligeró
La reina mora María Arzas
Rincocito madrileño P. G. Velázquez
María de la O Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero! José Boyer
La canción de Aixa I. Argentina
Eran tres hermanas Lulista Cargallo
Bohemios Emilia Abaga
Don Floripondio Valeriano León
Los hijos de la noche Miguel Ligeró
Martingala Niño Marchena
Raptado usted Celia Gámez
Usted tiene ojos de mu-
jer fatal R. de Sentmenat
Tierra y cielo Maruchi Fresno
¡Al-Al! Inés de Val
¡Quién me compra un
lío? Maruja Tomás
Alas de paz Luis de Valbu

SERIE ALFA 2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana I. Argentina
El sobre lastrado L. Gargallo
La Doloresa Rosita Díaz
La Milana R. de Sentmenat
Suspiros de España Miguel Ligeró
Gloria del Monarca Luis
de Aragón M. de Diego
El octavo mandamiento Lina Yegros
Rumbo al Cairo Miguel Ligeró
El diluvio es un vivo Antonio Vico
Melinos de viento Pedro Terol
La alegría de la huerta Flora Santacruz
El barbero de Sevilla Miguel Ligeró
Sol de Valencia Maruja Gómez
Melodía de arbol I. Argentina
Misterio en la Marisma L. Gargallo
Reses de otoño Tony D'Alvy
La patria chica M. F. L. Cuervo
La chica del gato Estrellita Castro
Un heredero de familia Isela Hamon
Mercedes Vecino

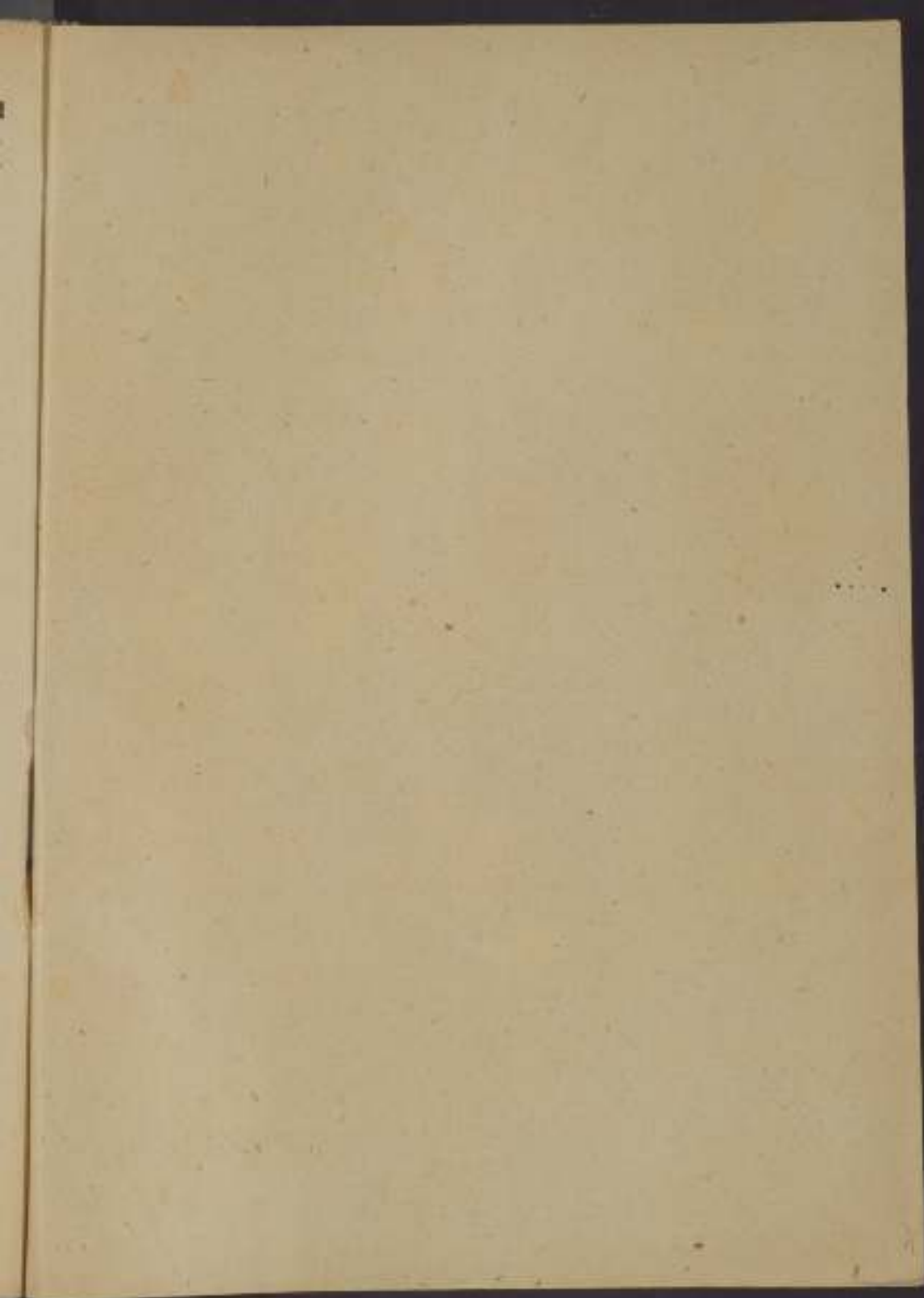
SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la fin y al fin Miguel Ligeró
La Parala Maruja Tomás
La Putonera Juan Macifort
Verbenas Maruja Tomás
Rosa de África Rafael Medina
Noche de engaño Amadeo Nazari
Cautivo del desierto Leslie Howard
Flor de camino Gracia de Triana
Yo llagaré Roberto Rey

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina Estrellita Castro Alfredo Mayo Manuel Luna
Miguel Ligeró Melvyn Douglas Antonio Vico James Stewart Charles Boyer

Deposito EDITORIAL "ALAS". - Apartado 707. - BARCELONA





CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

La decana y clásica publicación en su género

CELEBRIDADES DE VARIETES

CANCIONERO

6 de mayo de 1924

30 octubre de 1941

WAMPER

GARDEL

Los más eminentes artistas

Los más célebres autores

Los más grandes éxitos



Precio: 2'50 pts.

Imp. Troncoso - Valparaíso, 224